

COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**



# LA MUCHACHA DEL SOMBRETERO ROSA

Edición de Juan Antonio Ríos Carratalá

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “La muchacha del sombrero rosa”:  
Juan Antonio Ríos Carratalá.

## AUTOCRÍTICA

**D**espués de un año dedicado por entero a ese quehacer fascinante y arrollador de escribir para la televisión vuelve uno al teatro, al viejo, ilustre y señorial origen de todas las formas de expresión dramática, con la incitante sensación de volver a empezar. Pero, en resumen, ¿no es siempre así? ¿No es cierto que para cualquier autor cada estreno es como una fresca y renovada ilusión, un resuelto y –¡ay!– turbador comenzar otra vez?

En realidad, *La muchacha del sombrero rosa* es una historia de amor con su pasado y su presente, su nostalgia y su esperanza. Una historia de amor que se inició en aquella lejana primavera, que se ofrecía gentil y prometedora, como todas las primaveras, entre los árboles de la plaza de París, y revive ahora, a la llegada del otoño, muchos años después, en el saloncito de un piso entresuelo, junto al mirador que da a tan bello paraje urbano. Pero esta historia, el amor de un hombre y una mujer, está prendida con inexorable rigor a la Historia grande y dramática que a todos nos conmovió en lo más profundo y en la que todos hemos tomado parte. Por eso creo que *La muchacha del sombrero rosa* es una comedia muy actual. Y está escrita poniendo en juego –en este juego alegre, emocionado, entrañable, doloroso y excitante que es el acto de escribir una comedia– el corazón: incluso en sus contrastes, en ese contraluz difícil y luminoso que han de alcanzar, cuando el intento se logra, y ojalá que ello ocurra en este caso, el humor y lo patético...

Para el logro de mis pretensiones cuento con la maravillosa realidad de una admirable pareja de intérpretes, Amelia de la Torre y Enrique Diosdado, que con su arte exquisito, entusiasta, inteligente y apasionado, tan probado ya en tantas ocasiones, otorgan a los protagonistas de la historia la poética emoción, la verdad y el garbo que yo había soñado. Junto a tan ilustres comediantes, reunidos todos bajo la impecable dirección de Enrique Diosdado, completan el reparto de *La muchacha del sombrero rosa* un grupo de espléndidas actrices jóvenes y bonitas –Teresa del Río, Lolita Losada, Teresa y Fernanda Hurtado– y un gran actor: José Vivó.

Para todos, mi gratitud.

Víctor Ruiz Iriarte

## LA MUCHACHA DEL SOMBRERITO ROSA

COMEDIA EN DOS ACTOS, EL SEGUNDO DIVIDIDO EN DOS CUADROS

Esta comedia se estrenó en el Teatro Arlequín, de Madrid,  
la noche del 18 de abril de 1967 con el siguiente REPARTO

LEONOR ..... *Amelia de la Torre*  
LOLA ..... *Teresa del Río*  
MARITA ..... *Lolita Losada*  
PALOMA ..... *Teresa Hurtado*  
BELÉN ..... *Fernando Hurtado*  
ESTEBAN ..... *Enrique Diosdado*  
DAMIÁN ..... *José Vivó*

Decorado: TORE DE LA FUENTE

Dirección: ENRIQUE DIOSDADO

## ACTO PRIMERO

**E**n el piso entresuelo de una vieja casa muy burguesa construida, quizá, en la época isabelina. Un saloncito. Todo es grato, íntimo y delicado en este interior mimado por los años y por muy perseverantes y delicados cuidados femeninos. Al fondo, una amplia entrada con puertas de cristales da a un ancho pasillo que continúa a un lado y a otro. En el lateral de la derecha –términos del público– un gran mirador. Dos puertas a la izquierda. En esa misma zona, un suntuosísimo sofá. Al otro extremo, cerca del mirador, una bonita mesa camilla con una magnífica pantalla y un par de sillones. En las paredes, cuadros al óleo: paisajes románticos y algún retrato. Una araña de cristal pendiente del techo. Unas flores. Un teléfono. En los primeros días de octubre. Una tarde, hacia las ocho. Ya se hizo de noche y las pantallas están encendidas.

*(Cuando se levanta el telón no hay nadie en escena. Durante unos segundos se oye una música suave que emite un tocadiscos instalado en algún rincón lejano del piso. Por el fondo llega un rumor de risas y conversaciones. Y por la primera puerta de la izquierda entra en escena Esteban. Es un hombre de unos cincuenta años. Tiene el aspecto un poco desaliñado de un intelectual. Lleva una gabardina al brazo. Se queda un instante quieto mirándolo todo –los muebles, los cuadros, las pequeñas cosas– con una larga sonrisa. Luego, avanza. Deja la gabardina en cualquier parte. Llega hasta el mirador. Por unos instantes permanece allí vuelto hacia la calle. Y por la izquierda del fondo surge Damián. Un viejo –viejísimo– criado de la casa, que al ver a Esteban sonrío amablemente, muy en funciones.*

DAMIÁN.—Buenas tardes, señor.

ESTEBAN.—Buenas tardes...

DAMIÁN.—¿El señor está invitado al cóctel de la señora? Pase, pase, por favor. ¡Ah! Ya tenemos el salón lleno de gente. Estoy seguro de que mañana, en los ecos de sociedad, los periódicos no hablarán de otra cosa...

ESTEBAN.—¡Je! Pero el caso es que yo no estoy invitado al cóctel...

DAMIÁN.—¡Ah! ¿No? Entonces, por favor: ¿a quién debo anunciar?

ESTEBAN.—*(Sonriendo)* Dígale a la señora, que ha vuelto su marido...

DAMIÁN.—*(Estupefacto)* ¿Cómo? ¿Qué ha dicho?

*(Esteban, que no ha dejado de mirar a Damián, muy divertido, ahora se echa a reír)*

ESTEBAN.—Pero, Damián, ¿tanto, tanto he cambiado? ¿Tan viejo estoy?

*(Y de pronto, Damián, sobresaltadísimo, entre asustado y conmovido, pierde la compostura, da unos pasos y casi grita)*

DAMIÁN.—¡Santo Dios! ¡El señor aquí!

ESTEBAN.—Pues, claro...

DAMIÁN.—¡Oh! Pero si parece imposible...

ESTEBAN.—¡Un abrazo, Damián! ¡Un abrazo fuerte, fuerte! ¡Aprisa!

DAMIÁN.—¡Oh, sí, sí! Sí, señor...

*(Y se abrazan. Los dos están emocionadísimos. Luego se separan y se miran un segundo en silencio. Esteban con una gran ternura:)*

ESTEBAN.—¡Damián! ¡El gran Damián! ¡Estás espléndido!

DAMIÁN.—¡Ay, no señor! Estoy hecho una calamidad. Tengo dolores cuando hace frío y tengo dolores cuando hace calor. Pero resulta que cuando peor lo paso es cuando no hace ni frío ni calor. Y, ya ve, dicen que es cosa del tiempo...

ESTEBAN.—*(Se ríe)* ¡No!

DAMIÁN.—Sí, sí señor...

ESTEBAN.—¡Pobre Damián!

DAMIÁN.—¡Dios mío! ¡El señor! ¡El señor aquí otra vez! ¡Y pensar que no le he reconocido!

ESTEBAN.—¿Qué quieres, mi pobre Damián? El tiempo no perdona. Han pasado muchos años desde aquella mañana en que salí de esta casa para no volver...

DAMIÁN.—Sí, señor. ¡Han pasado muchos años! *(Un silencio)* ¿Cuándo ha llegado el señor?

ESTEBAN.—Esta mañana a las ocho. Pero si tú supieras, Damián, en estas horas, en estas pocas horas, cuántos paseos por aquí y por allá, cuántas idas y venidas. Ya he recorrido medio Madrid. ¡Ay! Este Madrid que cuando lo soñaba desde París me parecía muchísimo más bonito que París; este Madrid que cuando lo recordaba desde Londres me parecía muchísimo más grande que Londres; este Madrid que cuando lo imaginaba desde Nueva York me parecía muchísimo más fantástico que Nueva York. Este Madrid de mi juventud. Este Madrid de mis nostalgias y de mi desesperación. Este Madrid, mío, mío y

de nadie más... *(Se calla. Mira en torno. Una sonrisa)* ¡Je! Es curioso. Para los que volvemos, después de años y años de ausencia, todo es distinto, todo ha cambiado. Rascacielos, avenidas maravillosas, coches, muchos coches. Y un gentío que lo invade todo. Hasta el aire de la calle parece nuevo. ¡Ah! Pero aquí, en este entresuelo de la plaza de París, en la vieja casa de los Valdés y Montiel, en casa de mi mujer, todo está igual. Ahí, en el recibimiento está todavía aquel cuadro de Fortuny que era el orgullo de la familia.<sup>1</sup> Y el reloj francés encima de la cómoda isabelina. Y los jarrones chinos. Y tú mismo, Damián, estás ahí, como entonces...

DAMIÁN.—¡Je! *(Damián, en silencio, va de puntillas hacia el fondo, se asoma, mira a un lado y a otro y vuelve preocupadísimo)* ¡Señor!

ESTEBAN.—¿Qué?

DAMIÁN.—¿Y ahora qué va a pasar?

ESTEBAN.—¿Ahora? ¡Je! Me figuro que para mi mujer mi llegada será una terrible sorpresa...

DAMIÁN.—Sí, señor. De eso estoy segurísimo...

ESTEBAN.—Dime, Damián. ¿Durante tantos y tantos años llegaron a esta casa noticias mías?

DAMIÁN.—Una vez. Fue a los pocos meses de la marcha del señor. En la Navidad de mil novecientos treinta y nueve, la señora recibió una carta de la Argentina. Y en esa carta alguien decía a la señora que el señor vivía con otra mujer en Buenos Aires...

ESTEBAN.—¡Ah!

DAMIÁN.—¡Je!

ESTEBAN.—*(Muy interesado)* ¿Y después? ¿Nada más?

DAMIÁN.—*(Estupefacto)* ¿Cómo? Pero ¿es que hubo más?

ESTEBAN.—*(Vagamente)* Hombre...

*(Y en este instante por la primera puerta de la izquierda irrumpe Belén, muy jubilosa. Es una chiquilla de unos quince años, viva, despierta, bonita)*

BELÉN.—¡Papá! ¿Hay que esperar mucho rato?

*(Damián se vuelve atónito hacia la pequeña y se queda empavorecido con los ojos abiertos de par en par)*

1 Mariano Fortuny (1838-1874): uno de los más destacados pintores españoles del siglo XIX.

DAMIÁN.—¿Cómo?

ESTEBAN.—¡Je!

DAMIÁN.—¿Ha dicho papá?

ESTEBAN.—A ver...

DAMIÁN.—¡¡Porras!! Pero, entonces, ¿esta señorita es hija del señor?

ESTEBAN.—¡Naturalmente!

BELÉN.—(*Sorprendidísima*) ¡Anda! ¡Qué pregunta! Pues, sí...

*(Damián, que está aterrado, se lleva las manos a la cabeza)*

DAMIÁN.—¡¡Santo Dios!! ¡Una hija! ¡El señor tiene una hija!

ESTEBAN.—¡Je!

*(Por la primera puerta de la izquierda surge ahora Paloma. Es un poco mayor que Belén. Pero tan decidida y tan graciosa como ella)*

PALOMA.—¡Papá!

DAMIÁN.—(*Un respingo*) ¿Cómo? ¿Otra?

*(Y, por fin, por el mismo sitio, aparece Marita. Es la mayor de las tres. Tiene, quizás, unos dieciocho años)*

MARITA.—¡Papá!

DAMIÁN.—(*Casi gritando*) ¡¡Tres!! ¡Van tres!

ESTEBAN.—Hombre...

DAMIÁN.—(*Todo angustia*) Por favor, señor: ¿quedan más?

ESTEBAN.—¡No! Ya están aquí todas. ¡Ea! ¡Damián! Te presento a mis hijas. Marita, Paloma y Belén. ¿Qué? ¿Te gustan? ¡Niñas! Salud a Damián...

*(Las tres muchachas, muy sonrientes)*

MARITA.—Hola.

PALOMA.—¿Qué tal?

BELÉN.—¿Cómo está usted?

*(Damián está mirando a las muchachas, aterrado)*



DAMIÁN.—¡Santo Dios!! ¡Pero esto es espantoso! De manera que el señor se fue en mil novecientos treinta y nueve y vuelve ahora con tres hijas...

ESTEBAN.—¡Hombre! Es natural. Después de tanto tiempo...

DAMIÁN.—¡Oh!!

*(Damián, que ya no puede más, se derrumba en el sofá. Las tres chicas, que se asustan mucho, corren hacia él y le rodean. Le dan cachetitos en la espalda, en las mejillas...)*

LAS TRES.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

ESTEBAN.—¡Damián!

MARITA.—¡Jesús! ¡Que se marea!

PALOMA.—¡Oiga! ¡Oiga!

BELÉN.—¡Espabile!

MARITA.—¡Hala! ¡Hala! ¡Buen hombre!

BELÉN.—¡Ay, papá! Este pobre señor no está para nada...

*(Damián resurge)*

DAMIÁN.—¡Hum!

*(Las tres muchachas se tranquilizan)*

MARITA.—¡Vaya!

PALOMA.—¡Ya!, ¡ya!, ¡ya!

BELÉN.—¡Ya vuelve!

MARITA.—¡Je! Está gracioso el viejecito, ¿verdad?

PALOMA.—¡Ay, sí! Es muy majo...

BELÉN.—¡Qué tío!

*(Damián, súbitamente, se pone en pie dispuesto a tomar una resolución)*

DAMIÁN.—¡Aprisa! ¡No hay tiempo que perder!

LAS TRES.—¡Ay!

DAMIÁN.—¡Señoritas! ¡Por favor! ¡Vengan ustedes conmigo!

*(Y ni corto ni perezoso toma a Paloma y a Belén de la mano y se las lleva con toda energía hacia la segunda puerta de la izquierda)*

PALOMA.—¡Oiga, abuelo!

BELÉN.—Pero, hombre...

MARITA.—¿Yo también?

DAMIÁN.—¡Sí! ¡Las tres! ¡Vamos! ¡Sígueme! Por aquí... *(Sale Damián con Marita, Belén y Paloma por la segunda puerta de la izquierda. Esteban queda solo en escena. Y por donde se fue vuelve Damián con muchísimas precauciones y cierra la puerta tras de sí)* ¡Señor! ¿Se hace cargo el señor? Hay que evitar que la señora se encuentre con las señoritas así, de pronto...

ESTEBAN.—*(Sinceramente)* ¿Tú crees?

DAMIÁN.—*(Furioso)* Pero, hombre, naturalmente...

ESTEBAN.—Bien, bien. A tu gusto. Pero ¿qué quieres que te diga, Damián? No comprendo por qué te asustas tanto. A mí todo esto me parece muy natural...

DAMIÁN.—*(Aterrado)* ¿Cómo? ¿Qué dice?

ESTEBAN.—¡Je!

DAMIÁN.—Pero ¿es que el señor se ha vuelto loco?

ESTEBAN.—Hombre...

DAMIÁN.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Dios nos coja confesados!

*(Y se va, asustadísimo, por la izquierda del fondo. Esteban, viendo marchar al criado, sonrío. Luego, solo, piensa algo, mueve benévolamente la cabeza y vuelve a sonreír. Muy despacio llega hasta el mirador. Mira hacia la calle. Al cabo de unos instantes entra en el mirador. Y desaparece. La escena ha quedado sola. Y, de pronto, por la derecha del fondo irrumpe Lola. Es joven y bonita. Viste muy bien. Viene apuradísima, como huyendo. Tras ella, muy enfadada, surge Leonor. Una gran señora, evidentemente, que luce un magnífico modelo de cóctel)*

LOLA.—¡Ay, Leonor! Por favor, no empecemos...

LEONOR.—¡Silencio!

LOLA.—¡Leonor! ¡Que te equivocas! ¡Te aseguro que te equivocas!

LEONOR.—¡Coqueta! ¡Descarada! ¡Fresca!

LOLA.—*(Nerviosísima)* ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

LEONOR.—Pero, vamos a ver, nena, ¿tú crees que yo reúno en mi salón a lo mejor de Madrid solamente para que tú te dediques a coquetear con mis invitados? ¡Ah, no!

LOLA.—Leonor, cariño, baja de la luna. Estamos en sociedad, ¿no? Pues entonces... Lo único es que los hombres con una copa en la mano se ponen simpatiquísimos y como yo soy tan, tan...

LEONOR.—No lo digas, rica, no lo digas, que demasiado sabemos lo que tú eres...

LOLA.—¡Leonor!

LEONOR.—(*Una transición*) En fin, después de todo, reconozco que la culpa es mía. La verdad es que siempre que proyecto una reunión de amigos, en mi casa, por íntima que sea, me hago a mí misma esta pregunta: ¿invito o no invito a Lola Beltrán? Y siempre, no sé por qué, acabo llamándote. A lo mejor es porque me acuerdo de que tu madre, la pobre, fue mi mejor amiga, o porque tus antepasados y los míos fueron juntos a las guerras carlistas...

LOLA.—(*Divertidísima*) ¡Qué viejecitos tan graciosos! ¿Verdad?

LEONOR.—(*Casi gritando*) ¡Lola!!

LOLA.—(*Asustada*) ¡Ay! ¿Qué?

LEONOR.—Eres una grandísima insensata...

LOLA.—Bueno. Tanto, tanto...

Leonor.—¡Sí! Una insensata. Con tus ligerezas, y conste que empleo este subterfugio, tan desacreditado, porque soy de las que creen, todavía, que llamar a las cosas por su nombre es una ordinariez; con tus ligerezas, ¿me oyes?, estás arrastrando por los suelos tu apellido, que es un apellido ilustre y honorable. Este verano, en San Sebastián, anduviste toda la temporada del brazo de Alfredo Segura. Ibais juntos a todas partes: al Tenis, al Náutico, a las carreras, a la playa, a los toros, a los restaurantes del barrio viejo, a los bares de Ondarreta... Después, en Marbella, te han visto mucho con un francés que se llama René y es amigo de Françoise Sagan.<sup>2</sup> Y vamos, nena, a mí no puedes engañarme. Cuando una mujer se pasea por Marbella con un francés es que no lleva buenas intenciones. Pero, por si todo eso fuera poco, me acabo de enterar de que anoche estuviste cenando en la carretera de La Coruña con un sujeto absolutamente desconocido. Y la semana pasada, por tu culpa, se pegaron dos socios en el Club de Campo... (De pronto, como cayendo en la cuenta) Por cierto: ¿cómo está tu marido?

LOLA.—Muy bien. Gracias. Creo que uno de estos días le van a dar un premio...

LEONOR.—¡Vaya! Se lo merece, pobrecito...

<sup>2</sup> Françoise Sagan (1935-2004): escritora francesa cuya popularidad por entonces estaba ligada a una mezcla de escándalo y glamour.

LOLA.—Pero no por lo que tú crees, ¿sabes?, sino porque dicen que ha escrito un libro precioso, precioso sobre algo electrónico o así...

LEONOR.—Mira qué listo es ese chico...

LOLA.—¡¡Leonor!!

LEONOR.—¿Por qué no ha venido contigo esta tarde ese talento?

LOLA.—Porque se ha quedado en casa, ocupadísimo, preparando sus maletas y sus papeles. Mañana, muy temprano, sale para Londres. Va a dar una conferencia. ¡Como el pobre es tan sabio, tan sabio...!

LEONOR.—Naturalmente, te llevará con él a Londres...

LOLA.—(Sonríe) ¡Oh, no! ¿Para qué?

LEONOR.—¿Cómo que para qué? ¿Es que no te necesita?

LOLA.—¡No! ¡Qué va!

LEONOR.—(Muy bajo. Interesadísima) ¿Para nada?

LOLA.—(Un suspiro) Para nada...

LEONOR.—¡Ah!

*(Se queda muy sorprendida. Las dos están sentadas en el sofá. Se miran un instante. Lola sonríe y baja suavemente la cabeza)*

LOLA.—¿Comprendes ahora?

LEONOR.—Me parece que sí. Pero, en fin, ya me contarás con más detalles...

LOLA.—(Ingenua) Bueno. Por mí... Yo se lo cuento a todo el mundo.

LEONOR.—¡Ah! ¿Sí?

LOLA.—¡A ver! De algo tengo que hablar...

LEONOR.—¡Jesús! ¡Qué barbaridad! (Otro silencio) En fin, creo que algunos hombres son así...<sup>3</sup>

LOLA.—(Escéptica) Pocos...

LEONOR.—¿Tú crees?

LOLA.—¡Huy! Si lo sabré yo...

LEONOR.—(Un respingo) ¡Descarada!

LOLA.—Mujer...

*(Leonor se levanta. Marcha al fondo. Va de aquí para allá. Luego se detiene, se queda mirando largamente a Lola. Y por fin, en otro tono)*

3 La alusión a la homosexualidad es frecuente en el teatro de Ruiz Iriarte.

LEONOR.—Mira, hijita, de todos modos, aun en el supuesto de que sea cierto eso que has insinuado sobre tu marido, ¿comprendes? Y me parece que sí lo es, porque tu marido, la verdad, pobrecito, es un poco pánfilo. Aun así, ¿me oyes, nena?, eso no justifica nada, pero nada, nada, tu conducta y tu frivolidad y tu... En fin, ya sabes.

LOLA.—Pero, Leonor, es que yo no lo puedo remediar...

LEONOR.—¡Ah! ¿No?

LOLA.—(*Sencillamente*) A mí me gustan los hombres.

LEONOR.—¡Ah! ¿Sí?

LOLA.—¡Sí! Me gustan, me gustan muchísimo. ¡Una barbaridad!

LEONOR.—(*Indignada*) ¡Nena! ¡Y a mí también!

LOLA.—(*Extrañadísima*) ¡Ah! ¿Sí?

LEONOR.—¡Claro! Pero me aguanto...

LOLA.—¡Oh!

LEONOR.—¡Ea! Por mi propia estimación, ¿sabes? Porque me llamo Leonor de Valdés y Montiel. Porque tengo sentido moral. ¡Porque soy una mujer decente!<sup>4</sup>

LOLA.—Bueno. Pero reconocerás que tú eres un caso único...

LEONOR.—¡Ah! ¿Tú crees?

LOLA.—¡Naturalmente!

LEONOR.—¡Hola! ¿Y puedo saber por qué soy yo un caso único?

LOLA.—Está clarísimo. Porque ninguna mujer se hubiera portado como tú. Porque ninguna, ninguna, ninguna se hubiera mantenido estúpidamente fiel a un marido que la abandonó a los pocos meses de casados...

*(Leonor, como herida en lo más profundo, se revuelve airada, con una insólita brusquedad)*

LEONOR.—¡Cállate!

LOLA.—(*Sobrecogida*) ¡Oh!

LEONOR.—¡Cállate! ¡No lo nombres! ¡No quiero que lo nombres! ¿Me oyes?

LOLA.—Leonor...

LEONOR.—Mi marido murió para mí hace muchos años. Entonces, precisamente, aquella mañana cuando salió de esta casa y se fue muy lejos, muy lejos...

---

4 Antes de plantear el conflicto dramático, Ruiz Iriarte deja clara la ortodoxia o la seriedad de Leonor para evitar que su posterior comportamiento pueda ser atribuido a la frivolidad o el capricho.

*(Y en ese instante, en el umbral de la entrada del mirador aparece Esteban. Se queda allí quieto, casi inmóvil. Sonríe)*

ESTEBAN.—Buenas tardes, Leonor.<sup>5</sup>

*(Leonor se vuelve vivamente)*

LEONOR.—¿Cómo? *(Le mira fijamente. Un silencio largo, tenso. A Leonor los ojos, abiertos de par en par, le brillan con un inmenso estupor. Casi sin voz)* ¡¡No!! ¡No puede ser! ¡No es posible! Mentira, mentira...

*(Avanza. Llega hasta Esteban. Él murmura suavemente)*

ESTEBAN.—Leonor...

LEONOR.—*(Horrorizada)* ¡¡Jesús!!

ESTEBAN.—¡Je!

LEONOR.—¡Tú!

ESTEBAN.—¡Sí!

LEONOR.—¡¡Tú aquí...!! *(Un gran silencio. De pronto, Leonor, se vuelve como perseguida, huyendo, y escapa. Se refugia en el sofá)* ¡Oh!

*(Lola, mirando al uno y a la otra está intrigadísima)*

LOLA.—¡Leonor!

LEONOR.—¡Cállate!

LOLA.—¡Ay! Pero ¿quién es este hombre?

LEONOR.—¡¡Mi marido!!

LOLA.—*(Estupefacta)* ¿Cómo? ¿Tu marido?

LEONOR.—¡Sí!

LOLA.—¿Aquel?

LEONOR.—¡Sí!

LOLA.—¿El que se fue...?

LEONOR.—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

*(Lola se vuelve hacia Esteban, impresionadísima)*

---

<sup>5</sup> Estos golpes de efecto eran del gusto del público español de la época, aunque la situación queda un tanto forzada desde cualquier punto de vista que no sea el teatral.

LOLA.—Buenas tardes.

ESTEBAN.—Buenas tardes.

*(Lola escapa hacia el fondo. Pero todavía desde allí se vuelve)*

LOLA.—¡Oiga! ¿Ha caído usted del cielo?

ESTEBAN.—*(Sonríe)* ¡Quién sabe!

*(Lola sale. Quedan solos Leonor y Esteban. Hay un silencio. Y por fin, Leonor, habla muy bajo, casi con susto)*

LEONOR.—¿Vienes de Rusia?

ESTEBAN.—*(Se ríe)* ¡No! ¡Qué ocurrencia! Jamás estuve en Rusia.<sup>6</sup> Tranquilízate. Vengo de Nueva York. Pero últimamente vivía en California. Daba un curso sobre literatura española en una universidad. ¡Oh! Durante tantos y tantos años ya puedes figurarte, he sido un trotamundos: siempre de aquí para allá. Al principio me quedé en Buenos Aires. Fue la época más difícil. Después estuve en Méjico y Chile. Por fin, los Estados Unidos: Nueva Orleans, Stanford, Princeton. Cursos, conferencias, libros, artículos, qué sé yo. Una lucha incesante. Un esfuerzo desesperado. ¡Ah! También pasé un par de inviernos en París...

LEONOR.—¡Qué vida!

ESTEBAN.—Una vida atroz. Te lo aseguro.

*(Leonor se vuelve despacio y le mira)*

LEONOR.—Estás muy viejo...

ESTEBAN.—¡Je!

LEONOR.—Pero viejo, viejo. ¡Viejísimo!

ESTEBAN.—¡Claro!

LEONOR.—Un asco.

ESTEBAN.—¡Je! Es natural. *(De pronto, muy amable)* En cambio, tú estás muy bien. Casi no has cambiado.

---

6 Desde el principio y para despejar cualquier duda, con esta afirmación aleja a su personaje del ámbito comunista y le sitúa en una vaga izquierda republicana perfectamente asimilable por sus interlocutores. A la vez, recoge el tópico de la derecha radical de que España debe a Franco no haber caído en el comunismo y ser dominada por la URSS.

LEONOR.—(*Un respingo*) ¡Embustero! Precisamente en este momento, debo estar hecha una facha...

ESTEBAN.—(*Se ríe*) Bueno, bueno...

LEONOR.—¡No me mires!

ESTEBAN.—Bien. A tu gusto. ¡Je!

*(Leonor escapa vivamente hacia el mirador. Un silencio)*

LEONOR.—¡Escucha! ¿Por qué has vuelto a esta casa?

ESTEBAN.—(*Sonriendo*) ¡Qué pregunta! Tenía que volver. Durante tantos años, en medio de mis nostalgias y mis sueños y mi desesperación, me prometí a mí mismo muchas veces, que al regresar a España, mi primera visita sería para esta casa donde he vivido las horas más felices de mi vida. ¿Qué quieres? Demasiado sabes que soy un romántico incorregible...

LEONOR.—Ha pasado mucho tiempo, ¿sabes? Años y años. Pero todavía no he podido olvidar aquella horrible mañana de marzo de mil novecientos treinta y nueve.<sup>7</sup> Estabas ahí, ahí mismo, como ahora. Y te despedías de mí porque te ibas de España para correr la suerte de los tuyos. ¿Te acuerdas?

ESTEBAN.—Mi marcha era inevitable, Leonor. Tú lo sabes. Todos mis amigos se iban. Y por lealtad hacia ellos y hacia mis ideas yo tenía que acompañarles.

LEONOR.—¡Jesús! ¡Qué gesto tan abnegado! ¿Y por qué no fuiste leal conmigo que era tu mujer y estaba enamorada de ti como una loca?

ESTEBAN.—¡Leonor! Me parece recordar que aquella mañana te supliqué con toda mi alma que me acompañaras...

LEONOR.—¡Ay, hijito! Pero eso era pedir demasiado. Algo imposible, sencillamente. Pues hubiera resultado bonito que yo, una Valdés y Montiel, la hija de un ex ministro de la Corona, se hubiera incorporado a los españoles del exilio. ¡Qué locura! Ni siquiera sé cómo se te ocurrió pensarlo. No, hijo mío. No se puede así, de pronto, traicionar un apellido, una familia, una raza. ¡Ah, no! Eso, nunca, nunca...

ESTEBAN.—(*Sonriendo*) Sí. Es cierto. Tú también tenías que ser fiel a tus ideas, a los tuyos, a tu mundo. Era lo más digno. Pero, ya ves, seguramente por eso, por tu lealtad y por la mía, los dos fuimos desleales con nuestro amor. Difícil, ¿verdad? ¡Je! Es curioso. Desde hace miles de años los poetas dicen que el amor es un sentimiento heroico que todo lo arrolla. Y eso es una

---

7 El final de la guerra civil en Madrid.



tremenda mentira. En la vida, el amor es arrollado, sin piedad, muchas veces. ¡Pobres poetas! En el fondo son unos pajaritos embusteros...

LEONOR.—¡Pobre de mí...!

ESTEBAN.—¡Oh, Leonor!

LEONOR.—¡Sí! ¡Pobre de mí! ¿Por qué me casé yo, yo, Leonor Valdés y Montiel, con un intelectual de izquierdas, presuntuoso y fanfarrón?

ESTEBAN.—Muy sencillo. Por la misma razón por la que yo, Esteban Lafuente, nada más, me casé con una señorita de derechas insoportable y encantadora...

LEONOR.—¡Oh!

ESTEBAN.—Porque estábamos enamorados. Y soñábamos. Y creíamos que en la vida todo era fácil y maravilloso... (*Muy despacio avanza y llega a su lado. Quedan los dos en pie, ante el mirador, mirando a la calle*) ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas, Leonor, de aquellos novios que paseaban horas y horas, todas las tardes, entre los árboles de esta plaza de París?<sup>8</sup>

LEONOR.—Sí.

(*Él vuelve despacio*)

ESTEBAN.—Nos conocimos en el Real Cinema. Un jueves de moda.<sup>9</sup> Tú estabas muy guapa aquella tarde con tu sombrerito color de rosa...

LEONOR.—¡Oh! ¿Todavía te acuerdas de aquel sombrerito?

ESTEBAN.—¡Sí!

LEONOR.—¡Qué tontería! Yo ya lo había olvidado...

ESTEBAN.—(*Sonríe*) Luego, aquella fantástica boda en la iglesia de las Salesas. La música de Bach y tantas flores y tantos sombreros de copa. Allí estaban mis amigos, los de la Institución Libre de Enseñanza, los del viejo Ateneo de la calle del Prado y los del Gran Café de Oriente. Aquel café blanco y maravilloso lleno de espejos y de divanes rojos, donde un grupo de muchachos, aprendices de escritores, pasábamos las madrugadas soñando un imposible mundo, alegre y perfecto, y discutiendo sobre Keisserling y Ortega y Unamuno, y los pintores de París. Y allí, en la iglesia de las Salesas, estaban también tus amigos, la gente de la buena sociedad, aquellos jóvenes elegantes que tomaban el aperitivo en el bar Bakanik<sup>10</sup>... (*Un silencio*) Pero,

8 Todos los datos relacionados con esta emblemática localización en Madrid se desarrollarán en la comedia que es continuación de la presente: *Primavera en la plaza de París*.

9 Así se anunciaban en la prensa determinadas sesiones de los cines de estreno de la época.

10 *Hermann, Conde de Keyserling* (1880-1946): filósofo alemán. En 1920 fundó en Darmstadt (Alemania) la Escuela de la Sabiduría, cerrada más tarde por el régimen nazi. Keyserling es la figura más notable de la

poco después, tus amigos y los míos, tú y yo, todos nos convertimos en personajes de un drama...

LEONOR.—¡Esteban! Ahora, quiero que sepas que yo te lo hubiera perdonado todo. Tu huida, tu abandono, tus ideas, todo, todo. Pero cuando supe que, apenas llegado a Buenos Aires, ya había otra mujer en tu vida, entonces, ¿sabes?, decidí darte por muerto. Pero, muerto, muerto, irremediablemente muerto. Aquel mismo día pedí a todos, a papá, que todavía vivía, a los amigos, a los criados, incluso, que jamás, jamás, pronunciaran tu nombre en mi presencia. Y así ha sido. Todos han respetado mi deseo. Durante estos años no he sabido nada de ti. No he querido. Tú poco a poco te has ido convirtiendo en un recuerdo cada día más confuso y más lejano. Una sombra apenas. Un fantasma. Nada, nada. (*Y de pronto se vuelve bruscamente para ocultar un incontenible sollozo*) ¡Granuja! ¡Sinvergüenza! ¡Mal hombre! ¡Dios mío! ¡En tan poco tiempo pudo olvidarlo todo! ¡El Real Cinema aquella tarde que daban *Rose-Marie*!<sup>11</sup> ¡Mi sombrerito rosa que era una preciosidad! ¡La boda en las Salesas! ¡El viaje de novios a Venecia, tan bonito! Mis besos, mi cariño, nuestro amor. Todo, todo, todo.

ESTEBAN.—¡Leonor!

LEONOR.—¡Cállate!

ESTEBAN.—¡Oh!

LEONOR.—¡No te acerques! ¡No me mires!

ESTEBAN.—Está bien, Leonor. Está bien.

(*Ella se marcha hacia el fondo. Una vez allí se vuelve y le mira*)

LEONOR.—¿Puedo hacerte una pregunta?

ESTEBAN.—¿Por qué no?

LEONOR.—¿Dónde la conociste?

ESTEBAN.—En el barco de los exiliados, rumbo a Buenos Aires. Era la hija de un profesor de la Universidad.

LEONOR.—Naturalmente, tenía tus mismas ideas...

ESTEBAN.—¡No! En realidad, casi, casi tenía las tuyas...

LEONOR.—¿De veras?

---

filosofía alemana contemporánea no académica. Sus obras han tenido una difusión mundial, especialmente los libros de viaje, donde las observaciones sobre las costumbres y la psicología de los pueblos van acompañadas de consideraciones filosóficas. *Bakanik*: un local del Madrid republicano situado en el barrio de Salamanca y frecuentado por jóvenes partidarios de José Antonio Primo de Rivera.

11 *Rose-Marie* (1936), película de W.S. Van Dyke, con la popular Jeannette MacDonald y Nelson Eddy.

ESTEBAN.—Sí. Ella y su padre, en contra de su voluntad, se habían visto envueltos en el torbellino, en los acontecimientos...

LEONOR.—¡Vaya! Pues sí que tienes un destino, hijito. Siempre te enamoras de mujeres de derechas...

ESTEBAN.—¡Je!

LEONOR.—¿Era muy joven?

ESTEBAN.—Tenía veinte años.

LEONOR.—¿Bonita? Bueno. No sé por qué te pregunto eso. Si no hubiera sido bonita maldito el caso que tú la hubieras hecho. Los hombres sois así.

ESTEBAN.—¡Je!

LEONOR.—¿Cómo se llamaba?

ESTEBAN.—Belén...

LEONOR.—¡Belén!

ESTEBAN.—¡Sí!

LEONOR.—Un nombre precioso. *(Un silencio. En la voz de Leonor vibra un temblor)* ¿Te quería?

ESTEBAN.—Mucho.

LEONOR.—¡Ah!

ESTEBAN.—Con toda su alma. Yo fui su primer amor.

LEONOR.—¡Qué suerte! *(Un leve silencio)* ¿Y tú? ¿Te enamoraste?

ESTEBAN.—Esa pregunta me la he hecho a mí mismo muchas veces. Pero nunca he sabido con certeza si, en realidad, en aquellos momentos me enamoré de Belén o es que, sencillamente, la necesitaba. Me sentía tan solo, Leonor, tan solo. Aquella noche, aquella primera noche en el barco del exilio fue la noche más amarga de mi vida... *(Un silencio. Y de pronto, en una transición, Esteban se vuelve muy sonriente hacia Leonor)* Bueno. Y ahora, cuéntame. ¿Qué fue de ti en estos años?

LEONOR.—*(Estupefacta)* ¿De mí?

ESTEBAN.—Sí, sí. De ti. A ver. Dime...

*(Leonor le mira. Piensa un poco y luego se lanza con una insólita y falsísima presunción)*

LEONOR.—¡Oh! Bueno. Durante este tiempo yo también he tenido mi vida privada, ¿sabes?

ESTEBAN.—¡Ah! ¿Sí?

LEONOR.—¡Naturalmente! ¿Qué querías que hiciera, hijito, una mujer en mi situación? Figúrate tú, que de pronto un día, de la noche a la mañana, me encontré joven, bonita, porque yo también era bonita, con el alma llena de

ilusiones, con un infinito anhelo de vivir iy abandonada por mi marido! Pues dicho y hecho: izas! Me decidí. Y ihala! Tuve un amante.

ESTEBAN.—¿De veras?

LEONOR.—¡Ah! Un hombre maravilloso. Por ahí anda. Ya te lo presentaré. Después tuve otro amante y otro y otro...

ESTEBAN.—(*Extrañadísimo*) ¿Tantos amantes?

LEONOR.—(*Con mucha razón*) ¡Ay, hijito! Es que ha pasado mucho tiempo...

ESTEBAN.—¡Je!

LEONOR.—Reconozco, eso sí, que he cometido bastantes locuras. Particularmente esta última temporada ha sido terrible y he dado muchísimo que hablar. ¡Figúrate! Me pasé todo el verano en San Sebastián, colgada del brazo de Alfredo Segura, que es un hombre sencillamente estupendo. ¡Vamos juntos a todas partes, ¿sabes? A la playa, a los toros, a los restaurantes, al Náutico, al Tenis y a las carreras. ¡Un jaleo! Después me fui a Marbella con René. ¡Ah, René! Un francés amigo de Françoise Sagan, calcula. Y la semana pasada –bueno, esto no sé por qué te lo digo– por mi culpa se pegaron dos socios en el Club de Campo.<sup>12</sup> Por nada, ¿sabes? Porque sí. Porque en España los hombres sois muy bestias, ya se sabe... (*Se calla. Esteban la mira y sonrío. Ella, muy ufana*) ¡Ea! ¿Qué te parece?

ESTEBAN.—¡Qué embustera eres!

LEONOR.—(*Vivamente*) ¿Quién? ¿Yo?

ESTEBAN.—¡Sí!

LEONOR.—¡Oh!

ESTEBAN.—Tú no has tenido nunca un amante.

LEONOR.—(*Ruborizada*) ¡Ah! ¿No?

ESTEBAN.—¡Oh, no! Te conozco muy bien...

LEONOR.—(*Transición. Casi desolada*) Es verdad. Nunca tuve un amante. Ni una aventura, ni un «flirt»... Nada. Durante años y años te he sido fiel, estúpidamente fiel. ¡Qué vergüenza! ¿Verdad? Una vez, hace ya muchos años, unos amigos me llevaron a pasar la noche de Reyes en un hotel de El Escorial. Fue una fiesta muy bonita. Bailamos, nos reímos. ¡Qué sé yo! Y de madrugada, un hombre, con un pretexto gracioso y divertido, entró en mi habitación. ¡Ah! Era un hombre encantador, te lo aseguro: alto, guapo, bien plantado, estupendo. Y como una pobre mujer cualquiera estuve a punto de cometer una locura. ¿Y sabes lo que hice para salvarme de mí misma? Empecé a llamarte a gritos, como si tú pudieras oírme, como si tú

<sup>12</sup> *Club de Campo de la Villa de Madrid*: la geografía urbana de Leonor coincide con los lugares frecuentados por las elites de la época.

estuvieras en la habitación de al lado: ¡Esteban! ¡Esteban! Amor mío, mi vida, ven, date prisa, te necesito. ¡Sálvame! Te quiero, Esteban, te quiero. A ti, a ti nada más. Ven, Esteban. ¿No ves que estoy sola? ¿No ves que no puedo más? (*Un sollozo*) Pero, claro, tú no podías oírme. Estabas lejos, muy lejos. Y quizá en ese momento estabas besando a una mujer encantadora que se llamaba Belén, a la que tú dabas todo el cariño, todo el calor y toda la compañía que yo te suplicaba con la angustia de una pobre mujer abandonada...

ESTEBAN.—¡Leonor!

LEONOR.—(*Muy bajo. Un rubor. Pero irremediablemente*) Oye...

ESTEBAN.—¿Qué?

LEONOR.—Te he escrito muchísimas cartas, ¿sabes?

ESTEBAN.—¿Es posible?

LEONOR.—¡Huy! Ya lo creo...

ESTEBAN.—¡Pero si yo no he recibido ninguna...!

LEONOR.—¡Claro! Como que yo siempre dejaba el sobre en blanco...

ESTEBAN.—¡Ah! ¿Sí?

LEONOR.—¡Naturalmente!

ESTEBAN.—Pero, mujer...

LEONOR.—¡Ay, hijito! Escribirte, a ti, directamente, hubiera sido como rebajar mi dignidad. Y eso sí que no. Yo soy una mujer muy, muy española. Además, cuando escribía aquellas cartas, en realidad, yo no me dirigía a ti, al hombre que vivía con otra mujer en Buenos Aires. ¡No! Yo me dirigía al otro, a mi Esteban. Aquel muchacho que conocí en el Real Cinema un jueves de moda. El novio de la muchachita del sombrero rosa. Mi marido, después, una mañana en la iglesia de las Salesas, con su chistera y su chaqué y su clavelito blanco en la solapa. Un sueño. Un sueño nada más. A veces, cuando echaba una carta al buzón, porque la echaba, eso sí...

ESTEBAN.—(*Conmovido*) ¿Eras capaz?

LEONOR.—¡Ah! Sí, sí. Yo la echaba. Entonces deseaba con toda mi alma que, por un milagro maravilloso, una paloma blanca te la llevara prendida en el pico. Pero eso no sucedió jamás. Las palomas, pobrecitas, son tan bobas que nunca están en el secreto. ¡Oh! ¿No sabes? Eran unas cartas fantásticas. De veras. Íntimas, muy íntimas, llenas de amor, apasionadísimas. Yo te lo contaba todo. Todo. Mi vida. Los pequeños sucesos de cada día. Recuerdo que cuando murió papá, en mil novecientos cuarenta y cinco, te escribí una carta larguísima contándote el entierro que fue estupendo con el Gobierno en pleno y los diplomáticos y los académicos y los generales, y los almirantes. Y un gentío. Bueno. Ya te digo que te contaba todo. Y hasta

de vez en cuando te pedía consejo sobre el color de un vestido, como en otros tiempos... (*Se calla. Con un irremediable rubor*) ¡Qué loca! ¿Verdad? Bueno. Eso es lo que dicen algunos por ahí: que estoy un poco chiflada. Y es natural. Me paso la vida organizando fiestas benéficas, dando cócteles y reuniendo a los amigos para almorzar. Pero todo lo hago porque estoy muy sola. Por eso nada más. ¡Pobre de mí! ¡Pobre muchachita del sombrero rosa! ¡Pobre tonta! (*Se calla. Y de pronto, con sofoco y coraje*) Pero, Dios mío. ¿Por qué te cuento todo esto? ¿Por qué? ¿A ti qué te importa? Es absurdo, ridículo y estúpido. Ahora me estoy muriendo de vergüenza y si pudiera me daría de bofetadas... (*Escapa. Llega hasta el mirador*) Por cierto. ¿Dónde está ella? ¿Dónde has dejado a Belén? ¿En el hotel? (*Poco a poco, otra vez la garganta se le va inundando de lágrimas*) ¡Vaya! Entonces, ¿qué esperas, hombre? No te quedes ahí parado como un tonto aguardando no se sabe qué. Vete. Belén debe estar impaciente. ¡Anda! Ya sabes que a las mujeres no nos gusta esperar. Vamos, por mí no gastes cumplidos. Me hago cargo. Corre a su lado. Esta noche es vuestra primera noche en Madrid. Puedes llevarla a cenar por ahí. Madrid, ahora, está lleno de restaurantes encantadores, ¿sabes? Y después os metéis en cualquier teatro. Ahora hay muchísimos teatros, ya verás. Por cierto, todas las comedias que se estrenan son de izquierdas.<sup>13</sup> Te gustarán. Se dicen unas frescuras, unas desvergüenzas, se falta al respeto a las cosas más serias de una manera... Una pena. Yo no sé qué hace la censura. De veras. ¡Ay, hijito! España está muy, muy cambiada. Ya verás, ya verás. No me extrañaría nada que ahora tú, a la vuelta, te sintieras de derechas. Pero, hijo mío, así están las cosas. No hay nada que hacer. (*Transición*) Bueno. Luego, a la salida del teatro podéis ir a tomar una copa y a bailar un ratito. Hay por ahí unas «boites» muy agradables. Pequeñitas, sin luz, preciosas, igual que en París. ¡Ah! Y mañana, temprano, como Madrid es tan bonito, tan bonito, en otoño, lo pasaréis muy bien, paseando y paseando por aquí y por allá, por esas calles llenas de sol. ¡Oh! Y si tú quieres, yo te recomendaré unas cuantas tiendas donde Belén encontrará cosas preciosas, chucherías estupendas, verdaderas maravillas, como en Nueva York y en Londres y en todos esos sitios que habéis recorrido juntos... (*Otra transición, casi con violencia*) ¡Vamos! ¿Qué haces ahí? ¿Qué aguardas todavía? Vete de una vez. Ella te espera. ¿Lo has olvidado? ¡Vete!!

---

<sup>13</sup> Este comentario sobre el teatro español de la época sólo tiene sentido como rasgo caracterizador de Leonor.

(Se deja caer, agotada en un sillón)

ESTEBAN.—Leonor...

LEONOR.—¿Qué?

ESTEBAN.—Belén murió hace cinco años...

(Un silencio. Leonor se yergue con los ojos abiertos de par en par. Muy bajo)

LEONOR.—¿Cómo? ¿Que ha muerto?

ESTEBAN.—Sí.

LEONOR.—¡Jesús! Pero yo no lo sabía...

ESTEBAN.—¡Claro! ¿Por qué ibas a saberlo?

LEONOR.—(Como para sí misma) Ha muerto.

ESTEBAN.—¡Sí!

LEONOR.—(Sincerísima) ¡Dios mío! ¡Pobre Belén! ¡Pobrecita! Tan joven, tan enamorada... (Marcha hacia el fondo, aprisa. Desde allí, se vuelve y le mira. Una transición, casi con sobresalto) Pero, entonces, tú también has sufrido. ¡Tú también sabes lo que es la soledad! ¡Ay! ¡Qué terrible y qué difícil es la vida! Hace un momento yo pretendía descubrirte toda esta angustia de la soledad y tú, tú ya lo sabías. Porque estoy segura, segurísima, de que esos cinco años han debido de ser para ti espantosos, terribles, sencillamente terribles. ¡Pobre Esteban! (Se calla. Le mira. Casi involuntariamente, da unos pasos hacia él) Bueno. Pero, hombre, ¿qué haces ahí, quieto, quieto y tan callado? Ven aquí, siéntate. Después de todo, esta es tu casa. ¿Ya lo has olvidado? Naturalmente han pasado muchas cosas. Pero sigue siendo tu casa. ¡Esteban! Di algo. Cuéntame. ¿Qué vas a hacer? ¿Qué proyectos tienes? ¡Ah! Ya me figuro. Estudiar, escribir libros y libros, como siempre. Es lo tuyo y nadie puede negarte que tengas muchísimo talento. Además, ya puedes estar tranquilo: aquí la gente te recibirá muy bien. ¡Ay! En Madrid, somos siempre muy, muy del último que llega. Digo, no, no he querido decir eso. Tú ya me entiendes. Lo que pasa, no sé por qué, es que cuando estoy un poquito nerviosa digo lo que no quiero decir y a veces se me quedan dentro las cosas estupendas que quiero decir y que, vaya usted a saber por qué, no sé cómo decir. Tonterías. Me figuro que eso le pasa a todo el mundo. ¿Verdad? Dime. ¿En qué hotel estás? Bueno. Da igual. No sé por qué te lo pregunto. Un hotel es un hotel y me figuro que rodeado de turistas estarás incomodísimo y harto de semejante barullo. Esteban, ¿por qué no traes aquí tus cosas? Esta es tu casa, ya te lo he dicho y, aunque haya pasado todo lo que ha pasado,

yo soy tu mujer. Bueno, tanto como eso, ya se sabe que no... Te advierto que para mí no serías ningún estorbo. ¡No! ¡Qué va! El piso es grandísimo. Y hasta es posible que pasen y pasen los días sin vernos. Tú puedes trabajar en el despacho del pobre papá que es muy grande y cómodo y está lleno de todos esos librotos que a ti te chiflan, y puedes dormir en la habitación de los huéspedes, al final del pasillo, ¿te acuerdas? El balcón da a mediodía y entra el sol por la mañana... *(Se interrumpe de pronto. Está enormemente sonrojada. Él la mira fijamente, estupefacto)* Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué no dices algo? ¿Por qué estás tan callado?

*(Un silencio levísimo)*

ESTEBAN.—¡Leonor!

LEONOR.—¿Qué?

ESTEBAN.—*(Conmovido)* Pero ¿es que todavía me quieres?

LEONOR.—*(Sorprendida)* ¿Quién? ¿Yo?

ESTEBAN.—¡Sí!

LEONOR.—*(Mientras piensa)* ¿Y por qué no voy a quererte? ¿Es un delito o una vergüenza querer una vez nada más y para siempre, para siempre...?

ESTEBAN.—*(Abrumado)* ¡Leonor! ¿Pero cómo es posible?

*(Leonor está ruborizadísima, conteniendo las lágrimas que pugnan por escapar)*

LEONOR.—¡Cállate! ¡Por Dios, no nos pongamos ahora sentimentales! Sería ridículo a estas alturas, ¿no crees? Y por favor, hijito, no te quedes mirándome de ese modo. ¡Me estás poniendo muy nerviosa!

ESTEBAN.—*(Muy turbado)* ¡Leonor!

LEONOR.—¡Calla! ¿Quieres? Calla, por favor...

*(Y presurosa, sonrojada, entra en el mirador. Esteban solo, abrumado, se hunde en un sillón. Una pausa. Por la izquierda del fondo, asoma, sigiloso, casi de puntillas, Damián)*

DAMIÁN.—*(Muy bajo)* ¡Señor! ¿Qué ha sucedido?

*(Esteban alza la frente y se queda mirando a Damián como despertando de un sueño)*



ESTEBAN.—Me he equivocado, Damián. Resulta que ella me quiere todavía...

DAMIÁN.—¡Je! Yo ya lo sabía, señor.

ESTEBAN.—Es sorprendente, increíble. Es maravilloso y terrible, a la vez. Es casi como un milagro. Después de tantos años, después de tantas cosas...

DAMIÁN.—¡Je! Sí, señor...

ESTEBAN.—He cometido un tremendo error, Damián. No debí volver a esta casa. Ahora lo sé. Hace unos minutos, cuando entré, por esa puerta, pensé que todo sería muy distinto. Pensé que entre Leonor y yo el amor ya no tenía sentido. Un bello recuerdo y nada más. Pensé que ahora ella y yo nos encontraríamos como dos amigos, sinceros y leales, sin secretos, cada uno ante el otro, con su propia vida abierta y sin mentiras. Por eso, ya ves, hasta le traía a mis hijas. Y hasta pensaba decirle: ¡Leonor! Estas chiquillas son terribles. Hacen de mí lo que quieren. Y a veces no sé qué hacer con ellas. Por favor, Leonor, ayúdame un poco. ¿Quieres?

DAMIÁN.—¡Je!

*(Alguien golpea con los nudillos en la segunda puerta de la izquierda. Y se oye la voz de Belén)*

BELÉN.—*(Dentro)* ¡Papá! *(Se abre de pronto la puerta y surgen bulliciosamente Belén, Paloma y Marita, que van decididamente hacia Esteban)* ¡Papá! ¡Papá!

PALOMA.—¡Papá!

MARITA.—¡Papito! ¡Cielo!

*(Las tres chicas rodean a Esteban arrolladoramente)*

BELÉN.—¡Papá! ¿Tenemos que esperar mucho todavía?

*(En este momento surge Leonor en el umbral del mirador. Y se queda atónita, inmóvil)*

PALOMA.—Pero, papá, ¿qué te pasa?

BELÉN.—¡Papá!

MARITA.—¡Papá!

LEONOR.—¡Damián! ¿He oído bien? ¿Dicen papá?

DAMIÁN.—Sí, señora.

LEONOR.—Pero, entonces, ¿es que estas chicas son hijas tuyas?

ESTEBAN.—Sí, Leonor...

LEONOR.—¿Las tres?

ESTEBAN.—Las tres, las tres...

LEONOR.—(Con espanto) ¡¡No!!

*(Las tres chicas se miran muy sorprendidas y un poco fastidiadas)*

BELÉN.—¡Vaya! Aquí a todo el mundo le choca...

PALOMA.—Pues sí...

LEONOR.—¡Dios mío! ¡Tres hijas!! ¡Tiene tres hijas!

ESTEBAN.—¡Je!

MARITA.—¡Papá! ¿Es ella?

ESTEBAN.—Sí.

*(Las tres chicas se quedan mirando a Leonor, muy risueñas)*

MARITA.—¡Oh!

PALOMA.—Pues está muy bien...

BELÉN.—(Perspicaz) Tiene estilo, ¿verdad?

PALOMA.—(Casi entusiasta) ¡Ah! ¡La vieja España...!

*(Y de pronto, las tres muchachas, van hacia Leonor, amabilísimas, sonrientes, con mucho mundo)*

MARITA.—¿Qué tal, señora?

PALOMA.—¿Cómo está usted?

BELÉN.—Encantada de conocerla...

*(Leonor, que en este momento está rodeada por las tres chicas, las mira en silencio de una en una con los ojos muy abiertos. Es una mirada infinita, angustiada... Y de pronto, un sollozo le brota de la garganta)*

LEONOR.—¡Oh!

*(Y escapa. Llega hasta el fondo. Se apoya allí, en la pared, vuelta de espaldas y llora. Un silencio. Marita, Paloma y Belén se miran chasqueadísimas. Muy bajito)*

MARITA.—¡Oh!

PALOMA.—(Pesimista) Me parece que no le hemos gustado a esta señora...

BELÉN.—(*Muy extrañada*) ¡Anda! Pues, ¿qué querrá?

(*Otro silencio*)

ESTEBAN.—Leonor...

(*Leonor bruscamente se vuelve como resurgiendo con un tremendo ímpetu*)

LEONOR.—¡¡Vete!!

ESTEBAN.—(*Abrumado*) ¡Leonor!

LEONOR.—¡Vete! Esto es demasiado. No puedo perdonarte tanto y tanto, ¿sabes?

No puedo, no puedo, no puedo. ¡Vete! ¡Llévatelas! ¡Por Dios!

ESTEBAN.—Está bien. Vamos, pequeñas.

(*Belén se vuelve muy sorprendida hacia sus hermanas*)

BELÉN.—¡Hala! ¿Es que nos echan?

ESTEBAN.—¡Vamos!

MARITA.—¡Sí, papá!

(*Y las tres muchachas, muy juntas, de una en una se van por la primera puerta de la izquierda. Esteban, en medio de un gran silencio, las sigue. Pero ya ante la puerta, se detiene y se vuelve*)

ESTEBAN.—Perdóname, Leonor. Me he equivocado. Y lo siento.

LEONOR.—¡¡Vete!!

ESTEBAN.—Sí, ya me voy. Buenas noches.

(*Sale. Leonor prorrumpe en sollozos, corre y se refugia entre los brazos de Damián*)

LEONOR.—¡Oh, Damián, Damián! ¡¡Damián!!

DAMIÁN.—¡Je! Llore, llore la señora. No importa.

LEONOR.—Damián, Damián...

(*Un silencio. Y por la primera puerta de la izquierda, irrumpe, tímida y sonriente, Belén*)

BELÉN.—¡Señora! ¿Me permite?

*(Leonor vuelve el rostro y mira fijamente a la pequeña)*

LEONOR.—¿Qué?

*(La chiquilla mira en torno como buscando algo. De pronto, con la mirada encuentra la gabardina que traía Esteban al llegar. Va hasta allí corriendo y toma la gabardina. Luego, se vuelve hacia Leonor, sonriente)*

BELÉN.—¡Je! Es que el pobre papá lo pierde todo. ¡Como es tan despistado...!

*(Y echa a correr hacia la puerta. Leonor, que está mirando a la chica con una enorme angustia, da un paso hacia ella)*

LEONOR.—¡Espera! *(Belén se detiene. Leonor se acerca. La mira despacio, muy despacio...)* Eres muy bonita.

BELÉN.—*(Sonríe)* Gracias.

LEONOR.—¿Cómo te llamas?

*(La pequeña se queda mirando a Leonor, con un sutil desafío, casi imperceptible, en la mirada)*

BELÉN.—¡Belén! Como mi madre...

*(Y escapa corriendo. Desaparece. Leonor se vuelve, da unos pasos, se deja caer en un sillón. Y de bruces, sobre la mesa camilla, con la cara escondida entre los brazos solloza con toda su alma)*

LEONOR.—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

TELÓN

## ACTO SEGUNDO

## CUADRO PRIMERO

**E**l mismo decorado. A la mañana siguiente. Por el mirador entra una luz muy viva.

*(Unos segundos después de alzarse el telón, en el fondo aparece Leonor. Toca un timbre. Avanza muy despacio hasta el mirador. Espera. Al poco entra Damián por la segunda puerta de la izquierda)*

LEONOR.—Buenos días, Damián.

DAMIÁN.—Buenos días, señora.

LEONOR.—Hace un bonito día de otoño, ¿no crees?

DAMIÁN.—Sí, señora...

*(Leonor se vuelve. Da unos pasos hacia el criado. Y de pronto, en una transición, con otro tono)*

LEONOR.—¡Damián!

DAMIÁN.—¡Señora!

LEONOR.—Aquí no ha pasado nada, ¿sabes? Mi marido no ha vuelto. Quiero decir que para mí es como si no hubiera vuelto. Todo ha sido un mal sueño. Él está allí, todavía, en América, viviendo esa vida que él mismo se ha creado. Y allí estará siempre, siempre. Aquí, en esta casa, jamás volveremos a hablar de él. Como antes, ¿entendido? Como si ayer no hubiera pasado nada, nada...

DAMIÁN.—¡Je! Sí, señora...

*(Leonor va hasta la mesa camilla. Y con aire negligente toma un diario de la mañana)*

LEONOR.—*(Amablemente)* ¡Damián! ¿Has tomado tus medicinas para la tensión?

DAMIÁN.—Sí, señora. He tomado una píldora que sube la tensión y otra píldora que la baja...

LEONOR.—¡Hola! Entonces, estás como nuevo...

DAMIÁN.—*(Un suspiro)* Teóricamente, sí señora.

LEONOR.—¡Vaya! Eso me gusta...

DAMIÁN.—¡Je!

LEONOR.—¿Qué dicen los periódicos?

DAMIÁN.—¡Oh! Todos dan la noticia de la vuelta del señor...

(*Leonor se queda inmóvil, estupefacta*)

LEONOR.—¿Cómo?

DAMIÁN.—¡Je!

LEONOR.—¿Todos? ¿Has dicho todos los periódicos?

DAMIÁN.—Sí, señora.

LEONOR.—(*Sobresaltadísima*) ¿ABC también?

DAMIÁN.—¡También!

LEONOR.—¡Ay, Damián! Pero, esto es espantoso. ¿Qué va a ser de España si hasta  
ABC se pasa a las izquierdas?

DAMIÁN.—¡Ah! Pues todavía hay más...

LEONOR.—¡Ah! ¿Sí?

DAMIÁN.—¡Señora! Anoche, a última hora, la televisión habló del señor...<sup>14</sup>

LEONOR.—(*Horrorizada*) ¡Jesús! ¿La televisión también?

DAMIÁN.—Sí, señora...

LEONOR.—¿Y qué dijo la televisión?

DAMIÁN.—¡Oh! Estuvieron realmente, muy amables con el señor. El locutor dijo,  
más o menos, que todos debíamos celebrar la vuelta a España del señor,  
porque el señor es un prestigio nacional<sup>15</sup>...

LEONOR.—(*Desolada*) ¡Dios mío! ¿Eso dijo la televisión?

DAMIÁN.—Sí, señora. Eso dijo. Por cierto, en la pantalla apareció un momento  
una foto del señor...

LEONOR.—¿De veras?

DAMIÁN.—Sí, señora.

LEONOR.—¿Y qué?

DAMIÁN.—(*Casi contento*) Pues muy bien, la verdad. El señor resultaba muy,  
muy favorecido...

LEONOR.—(*Indignadísima*) ¡Damián! ¡No seas estúpido!

DAMIÁN.—¡Oh!

LEONOR.—(*Desolada*) ¡Dios mío! Pero ¿por qué se metela televisión en lo que no le importa?  
¿Por qué no cumple con su obligación que es dar más películas policíacas?

14 Televisión aparece en mayúsculas en la edición original porque en la España de la época sólo había un canal (TVE) y se identificaban ambos conceptos.

15 La verosimilitud de esta circunstancia, la noticia de la vuelta de un exiliado dada por los servicios informativos de la televisión, sólo encaja en el teatro de la esperanza de Víctor Ruiz Iriarte.

DAMIÁN.—¡Ah! Eso nunca se sabe...

*(Y en este instante, se oye dentro la voz de Lola)*

LOLA.—*(Dentro)* ¡Leonor! ¡Cariño! ¿Dónde estás? ¡Leonor! *(Leonor se vuelve vivamente. Y en la primera puerta de la izquierda aparece Lola impetuosamente. Viene de la calle)* ¡Leonor! Calla, mujer, no me agradezcas la visita, que estoy aquí por casualidad. Figúrate que al pasar por delante de tu portal he visto un sitio libre para aparcar. Y me dije: ¡Ah! Pues esta ocasión no me la pierdo yo. Y, hala, aparqué. Yo hago siempre igual, ¿sabes? Cuando voy por ahí con el coche y veo un sitio libre, esté donde esté, ¡pum!, aparco. ¡Y me entra una alegría! ¡Me hace una ilusión! *(Transición. De pronto)* Por cierto, como anoche te encerraste en tu alcoba sin hablar con nadie y sin despedirte de tus invitados, todos son bulos y habladurías. ¿Es verdad? ¿Es verdad lo que dice la gente? ¿Es verdad que tu marido ha vuelto de América con tres hijas?

LEONOR.—*(Rabiosísima)* ¡Sí! Es verdad...

*(Lola, impresionadísima, se desploma en un sillón)*

LOLA.—¡Huy! ¡¡Qué hombre!!

LEONOR.—¡Vamos! ¡Sigue! ¿Qué más quieres saber?

LOLA.—¡Leonor!

LEONOR.—¡Sigue preguntando! Confiesa que solo para eso has venido a esta casa tan de mañana...

LOLA.—*(Con mucho sofoco)* ¡Leonor! ¡Que te confundes, cariño! Te aseguro que no soy nada, nada morbosa. Naturalmente, no voy a ocultarte que desde anoche no se habla en Madrid más que de la vuelta de Esteban Lafuente. ¡Calcula! ¡Con decirte que mi marido ha suspendido su viaje a Londres...!

LEONOR.—¡Ah! ¿Sí?

LOLA.—¡A ver! Como mi marido y sus amigos del grupo de presión son todos tan demócratas y tan socialistas, han pensado darle un homenaje a tu marido. Porque le adoran, ¿sabes? ¡Ah! ¡Bueno! Y por fastidiar un poquito al Gobierno...

LEONOR.—¡Oh!

LOLA.—Y entre nuestros amigos los monárquicos, para qué te voy a contar. Una revolución. Todo el mundo está dispuesto a invitar a su casa a Esteban Lafuente...

LEONOR.—¿Tú crees?

LOLA.—(*Muy experta*) ¡Ay, hijita! Ya sabes lo que pasa. A la gente de derechas le chiflan los escritores de izquierdas...

LEONOR.—Entonces, resulta que la vuelta a España de mi marido es casi, casi un acontecimiento nacional...

LOLA.—¡Digo! ¿Has leído *ABC*?

LEONOR.—(*Indignadísima*) ¡No me nombres *ABC*!

LOLA.—¡Oh!

LEONOR.—(*Dolorosamente*) ¡Dios mío! Pero ¿cómo es posible? Pero ¿es que todos se han vuelto locos? ¿Cómo se puede invitar y celebrar y darle homenajes a un hombre que abandonó a su mujer y al cabo de los años vuelve tan fresco, con tres hijas de otra? Pero ¿es que en este país se ha perdido la moral?

LOLA.—(*Hartísima*) ¡Ay, hija! ¡La moral! ¡Qué lata!

LEONOR.—(*Irritadísima*) ¡Lola! ¡Cállate!

LOLA.—¡Leonor! ¡Por favor! ¡Que yo no tengo la culpa!

LEONOR.—¡Que te calles!

LOLA.—¡Oh!

*(Leonor se aleja. Va hasta el mirador. Un silencio. y al fin se vuelve, con otro tono)*

LEONOR.—¡Damián! Telefona a Iberia. Di que reserven para mí una plaza en el primer avión que salga para París...

DAMIÁN.—(*Estupefacto*) ¡Señora!

LEONOR.—¡Vamos! ¡No me mires así! No pongas esa cara de idiota. ¡Date prisa!

DAMIÁN.—Sí, sí, señora...

*(Damián se va por la primera puerta de la izquierda. Quedan en escena Leonor y Lola. Hay un silencio)*

LOLA.—Leonor...

LEONOR.—¿Qué?

LOLA.—¿Es de veras? ¿Te vas a París?

LEONOR.—Sí.

LOLA.—¿Lo has decidido de pronto?

LEONOR.—Ahora mismo...

LOLA.—¡Oh!

LEONOR.—No puedo quedarme aquí, ¿sabes? Me considero incapaz de asistir a la apoteosis triunfal de ese hombre que tanto daño me ha hecho. Además, esas chiquillas. ¡Esas tres hijas que él ha traído como tres trofeos, como



tres testimonios maravillosos de su felicidad! Te aseguro que esta noche, encerrada en mi alcoba, casi he llegado a odiarlas... *(Un sollozo)* ¡Oh!

LOLA.—¡Leonor! ¡Pobre Leonor!

LEONOR.—Deja. No es nada. Ya pasó. ¿Quieres ayudarme a hacer un poco de equipaje?

LOLA.—¡Claro!

LEONOR.—¡Vamos!

*(Se va aprisa por la izquierda del fondo. Lola la sigue en silencio. Queda la escena sola. Y unos segundos después, por la primera puerta de la izquierda surge Marita. Da unos pasos. Enseguida por la misma entrada aparece Damián. Está muy asustado)*

DAMIÁN.—¡Pero, señorita! ¿La señorita cree que es prudente esta visita?

MARITA.—¿Por qué no? Hala, hala, buen hombre. ¡No se asuste! Dígale a la señora que estoy aquí...

DAMIÁN.—Sí, señorita...

*(Damián, en silencio, marcha hacia el fondo. Una vez allí se vuelve y todavía mira a la muchacha desconcertadísimo. Luego desaparece por la izquierda del pasillo. Queda Marita sola en escena. Una pausa. Y de pronto, por donde se fue, aparece Leonor. Y allí mismo, bajo el dintel de la entrada, se queda inmóvil mirando en silencio a la muchacha. Esta, asustada, sonrío)*

MARITA.—¡Señora! No me diga que me vaya. ¡Por Dios! ¡Se lo suplico! Me echaría a llorar como una tonta... *(Parece que Leonor, sin dejar de mirar a Marita con los ojos muy abiertos, va a decir algo. Pero, luego, en silencio, cruza rápidamente y se dirige al mirador. Una pequeña pausa)* Papá no sabe que estoy aquí. Salió esta mañana del hotel muy temprano y yo me dije: pues esta es la ocasión. Luego, si es preciso, ya me las arreglaré yo para justificar la escapada. A papá, pobrecito, se le engaña con mucha facilidad. Los hombres de talento son muy ingenuos, ¿no le parece? Se lo creen todo, como los niños. ¡Pobres!

*(Un silencio. Leonor habla sin volverse)*

LEONOR.—¿Qué quieres tú de mí? ¿Por qué has venido?

MARITA.—¡Oh! Porque tenía que venir. ¡Tengo tantas cosas que decirle a usted!

(*Leonor se vuelve y la mira vivamente*)

LEONOR.—¿A mí?

MARITA.—Sí.

LEONOR.—¿Tú?

MARITA.—Sí, señora...

LEONOR.—¡Jesús! ¿Pero qué absurdo! ¿Qué puedes decirme tú a mí, chiquilla?

(*Marita sonrío. Y luego, con sencillez*)

MARITA.—¡Todo!

LEONOR.—¿Cómo?

MARITA.—Todo lo que mamá le diría si mamá y usted se hubieran encontrado ahora...

LEONOR.—(*Con orgullo*) ¿Qué dices, pequeña? Tu madre y yo nunca nos hubiéramos encontrado. Te aseguro que yo jamás lo hubiera permitido. Para mí la vida es algo mucho más serio que un vodevil francés...

MARITA.—(*Casi con entusiasmo*) ¡Qué mujer tan española es usted!

LEONOR.—¿Cómo?

MARITA.—¡Ah! ¡España! ¡España!

LEONOR.—¡Niña!

MARITA.—Verá usted, Leonor. ¡Perdón! Verá usted, señora. Cuando mamá murió yo estaba a punto de cumplir los catorce años. Era ya casi, casi una mujer. Por eso, mamá me había contado tantas cosas...

LEONOR.—Bueno. Me figuro que serían cosas muy difíciles de contar...

MARITA.—¿Por qué? Solo las mentiras son difíciles de contar. Y mamá siempre decía la verdad... (*Un silencio*) ¡Oiga! ¿Usted sabe cómo se conocieron papá y mamá?

LEONOR.—(*Con ironía*) ¡Naturalmente! A bordo del barco que los llevó a Buenos Aires. ¡Figúrate! Su primer encuentro no pudo ser más romántico. La cubierta de un barco. En primavera. Una noche de luna. Y, seguramente, la orquesta, en el salón, tocaba un bonito vals...

MARITA.—(*Sonríe*) No, señora.

LEONOR.—¡Ah! ¿No?

MARITA.—No. No hubo luna, ni primavera, ni vals, ni nada de eso. Aquella fue una noche espantosa, terrible...

LEONOR.—¿Por qué?

MARITA.—(*Con sencillez*) Porque aquella noche, de madrugada, papá intentó arrojarse al mar...

LEONOR.—(*Pálida*) ¿Cómo? ¿Qué dices? (*Un silencio. Leonor está lívida, transfigurada. Da nos pasos hacia la muchacha. La mira fijamente. Con un tremendo sobresalto, casi sin voz*) ¿Que se quiso matar? ¿Tu padre?

MARITA.—Sí.

LEONOR.—¿Esteban?

MARITA.—¡Claro! Su marido...

(*Otro silencio. Leonor está confundida, demudada*)

LEONOR.—Pero ¡Dios mío! ¿Por qué?

MARITA.—(*Sonríe*) ¡Señora! ¿No se lo imagina? Está clarísimo. Papá y usted se habían separado unas horas antes. Habían renunciado el uno al otro. Papá, por sus ideas, tenía que salir de España. Usted, por las suyas, tenía que quedarse. Un drama, ¿verdad? Porque el amor no entiende de ideas. Y papá, el pobre, estaba tan enamorado de usted... Por eso, cuando aquella noche, entre tanta gente desesperada, en aquel barco triste y feo, sin luna, sin primavera, sin música y sin esperanza, papá comprendió que tenía que empezar una nueva vida lejos de usted, sin usted, se volvió loco...

LEONOR.—(*Sin voz*) ¡Oh!

MARITA.—(*Sencillamente*) Pero mamá estaba allí. (*Un silencio. Leonor mira a la muchacha con angustia*) Ella era la única lucecita en aquella noche tan oscura. Ella era la esperanza. Ella le salvó. (*Marita sonríe muy satisfecha*) Bueno. Es que las mujeres somos muy madres, ¿verdad?

LEONOR.—Sí.

MARITA.—Así le quiso siempre. Como una madre joven, buena y maravillosa. Porque papá la necesitaba. Porque sin ella, papá hubiera estado perdido, perdido. ¡Pobre papá!

(*Leonor calla y se aleja. Pero enseguida se vuelve hacia Marita*)

LEONOR.—¡Niña!

MARITA.—¿Qué?

LEONOR.—(*Casi con rubor*) ¿Cómo era tu madre?

(*Marita reacciona con un fervorosísimo entusiasmo*)

MARITA.—¿Mi madre? ¡Oh! Bueno. Mamá era una mujer fuera de serie, ¿sabe? Buena, buenísima, romántica, soñadora, fantástica. ¡A usted la hubiera gustado mucho!

LEONOR.—¿Tú crees?

MARITA.—¡Digo! ¡Pero si mamá le gustaba a todo el mundo! ¡Ande! Pregunte, pregunte por ella en Buenos Aires y en Mar del Plata y en Chile y en Méjico y en el Perú...

LEONOR.—Pero yo no me refiero a eso...

MARITA.—¡Ah!

LEONOR.—Me refería a su aspecto, ¿comprendes?

MARITA.—¡Ah, ya! Pues no sé cómo decirle... (*Lo piensa un poco*) Mire, para que se haga una idea: todos dicen que yo me parezco mucho a mamá.

LEONOR.—¡Ah! (*Leonor mira largamente a la muchacha. Y por fin*) Entonces era bonita, muy bonita...

MARITA.—(*Sonríe*) ¡Gracias! Por mamá, naturalmente...

*(Un silencio. Leonor marcha despacio hacia el mirador. Y desde allí, mirando a la calle, de espaldas a la muchacha)*

LEONOR.—Dime, pequeña...

MARITA.—Sí, señora...

LEONOR.—¿Fue muy feliz?

MARITA.—¿Quién? ¿Mamá?

LEONOR.—Sí. Mamá.

*(Marita piensa un poco. Luego, mueve la cabeza y sonrío con melancolía)*

MARITA.—¡No! Mamá no fue feliz...

LEONOR.—¿Por qué?

MARITA.—Por usted...

LEONOR.—¡Ah!

MARITA.—Usted era su remordimiento. ¿Qué quiere usted? Mamá también era mujer muy española. Tampoco entendía la vida como un vodevil francés. Por lo visto eso es un complejo nacional. (*Un silencio. Marita mira en torno y sonrío*) ¡Qué cosas! Hace unos días, todavía estábamos en California. Vivíamos en una casa blanca, preciosa, en medio de un campo verde, verde, cerca de la Universidad. Por primera vez, después de mucho tiempo, teníamos una casa nuestra. Una casa bonita, con jardín y todo lo demás. Porque la verdad es que desde que murió mamá nosotras nunca tuvimos un hogar. Papá nos llevaba siempre con él de aquí para allá, en todos sus viajes. ¡Figúrese! Un invierno en Nueva York. Un verano en Argentina. Una primavera en Méjico.

Un otoño en Chile. ¡Quién sabe! Parecíamos una pandilla de vagabundos. Nosotras éramos felices. ¿Por qué no? Pero papá soñaba con volver a España. Ya no podía resistir tanta nostalgia, tanta angustia, tanta desesperación. Y siempre sus recuerdos eran los mismos. Aquel barrio donde él nació. Un barrio castizo, lleno de gente buena, alegre y divertida. Un organillo que tocaba todas las mañanas pasodobles, chotis y mazurcas. Un café antiguo, bonito, con espejos por todas partes. La calle del Prado, con sus tiendas de antigüedades y el Ateneo. Y la plaza de París, tan silenciosa, tan escondida, con sus árboles viejos. Esta plaza de París. ¡Pobre papá! Por eso, por todo eso, estamos aquí. ¿Comprende usted, señora?

LEONOR.—Por favor, no me llames señora. Me llamo Leonor.

*(Marita se vuelve hacia Leonor, la mira y sonrío)*

MARITA.—Ya lo sé. Es usted Leonor de Valdés y Montiel, hija de un ministro del Rey, nieta de un duque almirante, biznieta de un embajador de España, descendiente de un capitán, héroe de la guerra de Flandes...

LEONOR.—*(Bajo)* ¿Cómo sabes tú todo eso?

MARITA.—¡Oh! Es fácil. Lo sabe todo el mundo.

*(Un silencio)*

LEONOR.—¿Y tú, pequeña, cómo te llamas?

MARITA.—María.

LEONOR.—¡María! Es un nombre precioso. El mejor para una muchacha limpia, bonita y valiente como tú...

MARITA.—¡Gracias! *(Un silencio. Marita mira en torno con cierta vacilación y un poco de rubor)* Bueno. Me parece que ya me puedo marchar.

*(Y escapa aprisa hacia la primera puerta de la derecha. Leonor se vuelve rápida)*

LEONOR.—¡Espera! *(La muchacha se detiene. Leonor también se ruboriza)* No hay razón alguna para que te vayas con tanta prisa...

MARITA.—Bueno...

LEONOR.—Por cierto, ¿dónde están tus hermanas?

MARITA.—Se han quedado en la calle, esperándome...

LEONOR.—¿Es posible? (*Leonor va aprisa al mirador y mira a la calle*) ¡Dios mío!  
Pero si es verdad. Están ahí, en medio de la plaza, debajo de un árbol, como  
dos pajaritos perdidos...

MARITA.—¿Qué quiere usted? Tenga en cuenta que acabamos de llegar a Madrid.  
Aquí no conocemos a nadie. Y todavía estamos un poco asustadas.

LEONOR.—¿De verdad? ¿De verdad estáis asustadas?

MARITA.—¡A ver!

LEONOR.—¡Oh!

MARITA.—Pero, en fin, ya nos iremos soltando...

LEONOR.—(*De pronto*) ¡Niña! Di a tus hermanas que suban...

MARITA.—¿Aquí?

LEONOR.—¡Naturalmente! ¿Por qué no?

MARITA.—(*Muy contenta*) ¡Voy volando! (*Escapa, corriendo hasta la primera  
puerta de la izquierda. Una vez allí se detiene y va a decir algo...*) ¡Leonor!

LEONOR.—¡Qué!

MARITA.—No, nada. ¡Que me gusta usted!

*(Y sale muy aprisa. Leonor se queda inmóvil viendo marchar a la  
muchacha. Y por la izquierda del fondo, despacito, surge Damián)*

LEONOR.—¡Damián! ¿Has estado escuchando?

DAMIÁN.—Sí, señora...

LEONOR.—¡Dios mío! ¿Por qué la vida es tan difícil? ¿Por qué siempre, siempre hay  
otra verdad? ¿Por qué siempre hay otra razón? Esa razón que es la razón de  
los demás. ¿Por qué nunca sabemos nada, nada? (*Un leve silencio*) ¡Damián!  
En realidad, ella, aquella noche le salvó la vida...

DAMIÁN.—Sí, señora...

*(Y en el fondo surge Lola muy dispuesta, muy servicial)*

LOLA.—¡Leonor! ¿Te pongo en la maleta un traje de noche? Porque digo yo que en  
París te divertirás un poquito, ¿no?

LEONOR.—(*Furiosa*) ¡Déjame en paz!

LOLA.—¡Ay, Jesús! Pero, qué arrebatos te dan, cariño...

*(Y se va aprisa muy enfurruñada. En el acto, por la primera  
puerta de la izquierda, aparecen Marita, Paloma y Belén. Las tres,  
muy juntas, calladas, se quedan allí. Inmóviles, mirando a Leonor.  
Un silencio)*

LEONOR.—Bueno. Pasad. Nos os quedéis ahí. (*Las tres muchachas avanzan tímidamente unos pasos*) No creo que vayáis a tenerme miedo, ¿verdad? ¡No! ¡Qué va! ¡Vamos! Venid. Acercaos un poco. Así. Bueno, ya sé que tú te llamas Belén. Y tú, María. ¿Y tú, niña? ¿Cómo te llamas tú?

PALOMA.—¡Paloma!

(*Leonor se vuelve muy feliz hacia Damián*)

LEONOR.—¡Paloma! ¿Has oído, Damián? ¡Se llama Paloma!

DAMIÁN.—Sí, señora. ¡Paloma!

LEONOR.—¡Dios mío! ¡María, Paloma y Belén! ¡Qué nombres tan madrileños, tan españoles, tan bonitos! ¡Ah! Estoy segurísima de que por ahí hay miles y miles de muchachas que se llaman así: María, Paloma y Belén. En Chamberí, en la calle de Toledo, en Recoletos, en todas partes. Esas chicas alegres, estupendas, maravillosas que van por la calle aprisa, aprisa y que una no tiene más remedio que mirar. Chicas como vosotras, igual que vosotras. ¡Paloma! ¡Tienes unos ojos muy bonitos! ¿Qué digo bonitos? ¡Jesús! Preciosos, preciosos. Y tú también, María. Y tú, pequeña. Las tres. ¡Damián! ¿Tú ves? ¿Tú ves qué ojos tienen estas chiquillas?

DAMIÁN.—¡Je! Sí, señora. Ya veo.

LEONOR.—Bueno. Nosotras vamos a ser amigas, ¿no?

PALOMA.—Sí, señora...

LEONOR.—¡Jesús! ¡No me llames señora! Dime Leonor. Y de tú, ¿eh? De tú. ¡Oh! ¿No sabéis? Aquí en España, los jóvenes tutean a todo el mundo. Es muy divertido. Y ahora caigo en la cuenta de que esos chicos que no respetan a nadie tienen razón. Por el «tú» se llega antes a la amistad y al amor. Es como una petición urgente de cariño. Por cierto: ¿estáis contentas de haber venido a España? ¿Sí? Naturalmente, vosotras, aunque hayáis nacido muy lejos, al otro lado del mar, también sois españolas. Como mamá, como papá, como yo. Todos, todos nosotros somos españoles. ¡Ay, hijitas! Este país nuestro es terrible. ¡Pero tan hermoso! Y la verdad es que nadie sabe cómo puede ser tan terrible y tan hermoso a la vez...

PALOMA.—(*Muy segura*) Porque España es diferente<sup>16</sup>...

LEONOR.—¡Ah! ¿Sí?

PALOMA.—¡Claro! Ya se sabe.

LEONOR.—¡Vaya!

<sup>16</sup> El lema *Spain is different* fue popularizado por aquel entonces con gran éxito para impulsar la promoción turística del país.

BELÉN.—(*Muy satisfecha*) ¡Leonor! ¿No sabes? ¡Nosotras tocamos la guitarra!

LEONOR.—¡No me digas!

BELÉN.—Sí, sí...

LEONOR.—(*Muy contenta, riendo*) ¡Huy! ¡Qué graciosa es esta chica! ¿Has oído, Damián? ¡Dice que toca la guitarra!

DAMIÁN.—¡Je!

LEONOR.—(*Divertidísima*) ¡Como yo...!

LAS TRES.—¡No!

LEONOR.—¡Que sí!

BELÉN.—(*Encantada*) ¿De veras? ¿Tú también tocas la guitarra?

LEONOR.—¡Oh, bueno! Ya, no. Entonces, sí, ¿sabes? Hace muchísimos años, cuando yo era casi, casi tan joven como tú... (*Y de pronto, en una transición se vuelve muy resuelta*) ¡Damián! ¡Busca la guitarra!

DAMIÁN.—(*Asustado*) ¿Ahora?

LEONOR.—¡Sí!

DAMIÁN.—Pero, señora...

LEONOR.—¡Búscala! Debe estar por ahí, en algún rincón. ¡Date prisa!

DAMIÁN.—Sí, señora...

(*Se va Damián por la derecha del fondo. Leonor mira a las muchachas de una en una. Con una escondida emoción en la voz*)

LEONOR.—¡Pequeñas! Me figuro que, ahora, vuestro padre, aquí, en este Madrid suyo, rodeado de sus hijas, va a sentirse el hombre más feliz del mundo. ¡Ah! Después de todo, papá es un hombre de suerte, hijitas. Siempre tiene quien le quiera. Siempre, siempre, nadie sabe por qué, él está envuelto en amor. Quizá porque ha nacido para eso, para que le quieran. Es un bello destino, ¿verdad? (*Una transición, con otro tono*) Bueno. Pero dejemos a papá y hablemos de nosotras. Tenemos que contarnos muchas cosas. Entre mujeres no puede haber secretos y yo soy tan curiosa, tan curiosa. Vamos a ver. Habla tú primero, María.

MARITA.—Pues verás, Leonor. Dentro de unas semanas me voy a Alemania...

LEONOR.—(*Estupefacta*) ¿Cómo? ¿Que te vas a Alemania? ¿Tú?

MARITA.—Sí, sí.

LEONOR.—Pero ¿sola?

PALOMA.—¡Naturalmente!

LEONOR.—(*Alarmadísima*) ¡Ah, no! Eso no puede ser. ¡Niña! ¿Me quieres decir qué vas a hacer tú sola, pobrecita, entre tantísimos alemanes?

MARITA.—Bueno. Eso está claro. Voy a estudiar Medicina.



LEONOR.—(*Horrorizada*) ¡Nena! ¡No me digas que quieres ser médico!

MARITA.—¡Eso mismo!

LEONOR.—¡Jesús! ¡Qué capricho!

MARITA.—(*Riendo*) ¡Oh, Leonor!

(*Marita se ríe. Leonor se vuelve hacia Paloma*)

LEONOR.—¿Y tú? ¿Qué piensas hacer?

PALOMA.—¡Yo me voy a Suiza!

LEONOR.—¡¡No!!

PALOMA.—Sí, sí. ¡A Suiza! Ya estoy decidida.

LEONOR.—(*Disgustadísima*) Pero, nena, en Suiza hace muchísimo frío. Todo está lleno de nieve. Lo vas a pasar fatal...

PALOMA.—(*Muy suya*) ¡No importa!

LEONOR.—¡Niña! ¡No seas rebelde!

PALOMA.—¡Yo quiero ser arquitecto en Suiza!

LEONOR.—(*Con espanto*) ¡¡Arquitecto!!

PALOMA.—¡Sí!

LEONOR.—¡Qué barbaridad! Tú, arquitecto. ¡Una niña! Tú te vas a pasar la vida haciendo rascacielos y rascacielos. ¡Hala! ¡Vengan rascacielos!

PALOMA.—(*Con entusiasmo insólito*) ¡Sí! Muchos, muchísimos rascacielos. Y monumentos. Y casas pequeñas y palacios de cristal.

LEONOR.—(*Horrorizada*) ¡¡De cristal...!!

PALOMA.—¡Ah! Tengo unas ideas...

LEONOR.—¡Calla! ¡No me cuentes esas ideas! Deben ser espantosas. ¡Dios mío! ¡Pero qué locura! (*Se vuelve de pronto. Y se encuentra con el risueño rostro de Belén. Leonor se calla y mira a la chica casi, casi con miedo*) ¿Y tú, hijita? Porque me figuro que tú también te querrás ir a alguna parte...

BELÉN.—(*Resueltísima*) ¡Toma! Pues, claro...

LEONOR.—¡Vaya! ¿Y a dónde vas a ir tú?

BELÉN.—(*Muy lanzada*) ¡A Rusia!

(*Leonor casi brinca, aterrada, asustadísima*)

LEONOR.—¿Cómo? ¿A Rusia?

BELÉN.—¡Sí!

LEONOR.—Pero, niña...

BELÉN.—(*Muy romántica*) ¡Ah! Es una experiencia apasionante...

LEONOR.—Pero, criatura, ¿qué vas a hacer tú en Rusia?

BELÉN.—¡Oh! Estudiaré ballet en la Escuela de Danza de Moscú...

LEONOR.—(*Asustadísima*) ¡En Moscú! ¡¡Al lado del Kremlin!!

PALOMA.—(*Muy maternal*) ¡Ay, Leonor! Es que esta chica es muy de izquierdas...

LEONOR.—(*Indignada*) ¡Claro! ¡Como su padre!

PALOMA.—¡No! ¡Qué va! Mucho más...

BELÉN.—(*Muy sensata*) Bueno. Es natural, ¿no? El pobre papá, en política, está completamente desfasado...

LEONOR.—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

LAS TRES.—¡Oh!

*(Ríen con toda su alma las tres chicas y en este momento surge Damián, muy contento, por donde se fue. Trae entre las manos una pequeña guitarra)*

DAMIÁN.—¡Señora! ¡La guitarra! ¡Aquí está la guitarra!

*(Marita, Paloma y Belén se alegran mucho y corren hacia el criado)*

LAS TRES.—¡Ay!

BELÉN.—¡Ay! ¡Ay! ¡La guitarra!

DAMIÁN.—¡Je! La tenía la cocinera que es muy aficionada al folclore...

BELÉN.—Deme, deme, abuelo... *(Belén toma la guitarra y se sienta. Acomoda la guitarra sobre sí. Rasguea un poco. Después se vuelve hacia Marita y Paloma que están una a cada lado de ella. Mira a la una y a la otra con un guiño de complicidad, muy decidida)* ¡Chicas! ¿Va?

MARITA.—¡Va!

PALOMA.—¡Va!

BELÉN.—Pues ¡a la una, a las dos, a las tres!

*(Y las tres, a un tiempo, cantan mientras Belén toca la guitarra)*

LAS TRES.—Yo nací en esta ribera del Arauca vibrador,  
soy hermano de la espuma,  
de las garzas, de las rosas;  
soy hermano de la espuma,  
de las garzas de las rosas

y del sol...<sup>17</sup>

*(Belén sigue tocando la guitarra. Las tres con la boca cerrada tararean la melodía. Mientras, Leonor y Damián, juntos al otro lado, se miran. Muy bajo)*

LEONOR.—*(Conmovida)* Son encantadoras, ¿no crees Damián?

DAMIÁN.—Sí, señora.

LEONOR.—Rebeldes como él. Pero, encantadoras...

*(Belén sigue tocando. Y las tres muchachas tararean. Y por el fondo surge Lola sorprendidísima)*

LOLA.—¿Qué es eso? ¿Hay música? *(De pronto, descubre a las muchachas y se queda atónita)* ¡¡Leonor!!

LEONOR.—¿Qué pasa?

LOLA.—Estas chicas... ¿son ellas?

LEONOR.—¡Sí!

LOLA.—¿Las hijas de tu marido?

LEONOR.—¡Las mismas!

LOLA.—*(Sobresaltadísima)* ¿Y están aquí? ¿En tu casa?

LEONOR.—¡Claro! ¿Dónde van a estar mejor?

LOLA.—¡Ah! Pues esto sí que no es moral...

LEONOR.—*(Gritando)* ¡¡Lola!!

LOLA.—¡Ay!

*(Las tres muchachas en su mundo, ajenas a todo lo que les rodea, cantan de nuevo)*

LAS TRES.—Me arrulló la viva diana de la brisa en el palmar.

Y por eso tengo el alma  
como el alma primorosa.

Y por eso tengo el alma  
como el alma primorosa  
del cristal...

<sup>17</sup> Versos iniciales de *Alma llanera*, canción folklórica venezolana cuya música fue compuesta por Pedro Elías Gutiérrez a partir de un texto de Rafael Bolívar Coronado. Alcanzó una notable popularidad en la España de los años sesenta.

*(En este momento, por la primera puerta de la izquierda surge Esteban. Se queda allí, quieto, atónito y callado. Las tres muchachas, que no advierten su llegada, siguen cantando)*

Amo, lloro, canto, sueño  
con claveles de pasión...

*(De pronto, Paloma, Belén y Marita descubren a Esteban. Dejan de cantar bruscamente, asustadas. Un silencio. Y luego, muy bajo)*

MARITA.—¡Papá!

PALOMA.—¡Papá!

BELÉN.—¡Papá!

LEONOR.—*(Suspensa)* ¡Esteban!

*(Un silencio)*

MARITA.—Papá, ¿cómo has descubierto que estábamos aquí?

ESTEBAN.—Es muy sencillo. El portero del hotel me dijo que habíais dado a un taxi la dirección de la plaza de París...

MARITA.—¡Oh!

BELÉN.—*(Contrariadísima)* ¡Qué soplón!

ESTEBAN.—¡Belén!

BELÉN.—¡Huy!

ESTEBAN.—¡Marita!

MARITA.—¿Qué, papá?

ESTEBAN.—¿Qué significa esto? ¿Queréis decírmelo? ¿Por qué habéis venido a esta casa?

*(Leonor avanza muy decidida)*

LEONOR.—No hagas tantas preguntas, por favor. Tus hijas están aquí porque las he llamado yo...

*(Esteban se vuelve estupefacto, hacia Leonor)*

ESTEBAN.—¿Tú?

LEONOR.—Pero, pasa, hombre. No te quedes ahí. Saluda. Mira, aquí está Lola Beltrán.

ESTEBAN.—Buenos días.

LOLA.—Encantada.

ESTEBAN.—¡Leonor! ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué pretendes ahora?

*(Leonor mira a las tres muchachas y sonrío)*

LEONOR.—Verás. Es que, de pronto, he tenido una idea...

ESTEBAN.—¿Qué idea?

LEONOR.—Esteban, ¿me dejas a tus hijas por unos días? ¿Me dejas que me las lleve conmigo a París?

ESTEBAN.—*(Estupefacto)* ¿Cómo? ¿Qué dices?

*(Las tres chicas se miran entre sí, deslumbradas, con la boca abierta, encantadas, alegrísimas)*

LAS TRES.—¡Ay!

BELÉN.—¡¡A París!!

MARITA.—¿A París?

PALOMA.—¿De veras? ¡Leonor! ¿De veras nos llevas a París?

*(Las tres muchachas, a un tiempo, corren y rodean a Leonor alborozadísimas)*

LAS TRES.—¡¡Leonor!!

PALOMA.—¡Ay! Pero eso es un sueño...

BELÉN.—*(Alegrísima)* ¡Leonor! ¡Chica! Pero ¡qué estupenda eres! ¡Y lo que te quiero!! *(Y llena de un auténtico entusiasmo rodea con sus brazos el cuello de Leonor y la besa en ambas mejillas)* ¡Hum! ¡Hum!

LEONOR.—*(En sus glorias)* ¡Ay, Belén! ¡Criatura!

*(Ríen las tres chicas)*

LAS TRES.—¡Oh!

*(Lola, que está presenciando lo que antecede en medio del mayor estupor, se vuelve a Damián vivamente)*

LOLA.—¡Damián! Dime que no estoy soñando...

DAMIÁN.—¡No! ¡Qué va!

LOLA.—¡¡Pellízcame!!

DAMIÁN.—¡Señora! No me atrevo...

LOLA.—¡Que me pellizques!

DAMIÁN.—¡Je!

*(Leonor está rodeada por las tres chicas todavía)*

LEONOR.—Bueno, hijitas. Naturalmente iremos a París si papá nos da su permiso...

*(Las tres chicas se vuelven hacia Esteban anhelantes)*

LAS TRES.—¡Papá!

*(Y de pronto, corren hacia él y le rodean. Hablan aprisa, casi a un tiempo)*

MARITA.—¡Papá!

PALOMA.—¡Papá! ¡Cielo!

BELÉN.—¡Papá!

PALOMA.—¿Tú nos dejas?

BELÉN.—¿Verdad que sí?

MARITA.—¡Papaíto! ¿Nos vamos a París con Leonor? ¿Verdad que sí? ¡Di que sí, papá!

*(Esteban mira a las chicas de una en una. Luego, conmovido, una larga mirada a Leonor que ella sostiene casi anhelante. Y al fin, una sonrisa)*

ESTEBAN.—¡Claro! ¿Por qué no? Leonor ha tenido una gran idea. Estoy seguro de que con ella lo pasaréis muy bien en París...

*(Marita, Paloma y Belén brincan de gozo. Se lanzan sobre Esteban. Le abrazan. Le besan)*

LAS TRES.—¡Bravo!

PALOMA.—¡Bravísimo!

BELÉN.—¡Papá! ¡Papaíto! ¡Cielo! ¡Huy! ¡Huy! ¡Huy!

ESTEBAN.—(Riendo) ¡Chiquilla...!

(Todos ríen)

LEONOR.—¡Ea! Entonces no hay tiempo que perder. ¡Damián! Llama a Iberia.<sup>18</sup>  
¡Que reserven cuatro plazas para el avión de París!

DAMIÁN.—Sí, señora. Enseguida...

(Damián se va, presuroso, por la puerta de la izquierda)

MARITA.—¡Leonor! Pero ¿ya?

LEONOR.—¡Naturalmente!

MARITA.—¡Oh!

PALOMA.—¡Ay! ¡Ay!

BELÉN.—¡París! ¡París! ¡París!

LEONOR.—(Felicísima) ¡Niñas! Esta misma tarde, al anochecer, iremos en coche al  
Bosque de Bolonia...

LAS TRES.—¡Bravo!

BELÉN.—¡Ay! ¡Qué romántico!

LEONOR.—Después cenaremos en el restaurante de la Torre Eiffel. Luego  
pasearemos en barco por el río y estoy segura de que en alguna parte una  
pequeña orquesta tocará el *Vals del Sena* o *Los puentes de París*.<sup>19</sup> Mañana,  
muy temprano, porque las mañanitas de otoño en París son maravillosas,  
cuando todo se cubre con las hojas doradas que caen de los árboles,  
pasearemos por los bulevares. ¡Ah! Y luego, las tiendas. ¡Dios mío! Vamos a  
comprar muchas cosas, muchísimas, ya veréis. De todo, regalos, perfumes,  
vestidos...

BELÉN.—(Emocionadísima) ¡Ay, Leonor! ¿Vestidos también?

LEONOR.—¡También!

BELÉN.—(Ilusionadísima) ¿De minifalda?...

LEONOR.—(Con sobresalto) ¡De minifalda, no! De eso, nada, nada...

BELÉN.—¡Oh!

18 No cabía otra opción para viajar en avión a París en una época donde Iberia, como compañía de bandera, prácticamente era un monopolio en España.

19 *Vals del Sena. Los puentes de París*: composiciones populares en España gracias a las versiones de Lilián de Celis o Ernesto Lecuona.

LEONOR.—¡Jesús! Pero qué peligrosa es esta chica. Pues, ¿no se quiere ir a Rusia de minifalda?

LAS TRES.—*(Riendo)* ¡Oh!

*(Las chicas ríen. Entra Damián)*

DAMIÁN.—¡Señora! Todo listo. Hay un avión para París dentro de hora y media...

LEONOR.—¿Tan pronto? Entonces, ¡andando!

*(Un revuelo. Las tres chicas se alborotan)*

LAS TRES.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

LEONOR.—¡Damián! ¡El coche! ¡Aprisa!

DAMIÁN.—Al momento...

*(Sale Damián por la primera puerta de la izquierda)*

LEONOR.—¡Niñas! ¡Al coche! Daos prisa. Pasaremos por el hotel para que recojáis vuestro pasaporte y lo más indispensable, ¡y a Barajas! ¡Yo estoy lista en un minuto!

*(Y se va por el fondo. Marita, Paloma y Belén miran a Esteban sonrientes. Hay una pausa)*

MARITA.—¡Papá!

PALOMA.—¡Papá!

BELÉN.—¡Papá!

ESTEBAN.—¡Hijas!

*(De pronto, Marita, corre impulsivamente y abraza a su padre)*

MARITA.—¡Papá! ¡Papaíto!

ESTEBAN.—¿Qué?

MARITA.—Tú sabes que te adoro, ¿verdad?

ESTEBAN.—Sí, hija...

MARITA.—Adiós, papá...

ESTEBAN.—Adiós, Marita.

*(Paloma corre también hacia Esteban. Le abraza y le besa)*



PALOMA.—¡Papá! ¡Cariño! ¡Encanto! ¡Huy! ¡Huy!

ESTEBAN.—Adiós, Paloma...

*(Belén, como las otras dos se lanza hacia su padre)*

BELÉN.—¡Papá! ¡Te pondremos una postal con el Arco del Triunfo!

ESTEBAN.—¡Una gran idea!

BELÉN.—¡Adiós, papá!

ESTEBAN.—Adiós, pequeña.

*(Las tres chicas ya están juntas ante la primera puerta de la izquierda. Desde allí sonríen a Lola)*

MARITA.—Buenos días.

LOLA.—Buenos días. *(Salen las tres. Lola se vuelve hacia Esteban casi, casi boquiabierta)* ¿Qué quiere usted que le diga? A mí todo esto me resulta fantástico, sencillamente fantástico...

ESTEBAN.—¡Je!

*(En el fondo, surge Leonor. Lleva un abrigo ligero. Un bolso, un pequeño maletín, los guantes. Desde allí, se queda mirando a Lola y a Esteban. Luego, avanza y, entre azarada e indignada, se encara insólitamente con Lola)*

LEONOR.—¡Lola! Si vuelves a decir que esto no te parece moral...

LOLA.—*(Asustada)* ¡Y dale! ¡Jesús! ¡Qué manía! Pero si yo no digo nada...

*(Leonor se vuelve hacia Esteban y da un paso hacia él más airada todavía)*

LEONOR.—¿Y tú? ¿Qué estás pensando? ¡Habla! ¡Dilo todo! ¿Crees que soy una insensata? ¿No es eso? Pero ¿no era esto lo que tú querías de mí? ¿No era esto lo que buscabas? ¿Una madre para tus hijas?

ESTEBAN.—*(Sonriendo)* ¡Leonor!

LEONOR.—*(Una transición)* Bueno. Después de todo, no se trata más que de una pequeña excursión a París. A la vuelta, te las devolveré. Tus hijas son tuyas, tuyas nada más. *(Marcha hacia la salida. Pero se vuelve antes de llegar)* De todos modos confío en que tu vanidad de hombre no te haga suponer que

me llevo a tus hijas a París, porque estoy loca por ti. ¡Ah, no, hijito! Eso se acabó. Entre nosotros todo ha terminado. Para siempre, para siempre...

ESTEBAN.—Sí, Leonor.

*(Leonor se calla. Y piensa algo. Casi para sí misma)*

LEONOR.—Pero, la verdad es que tengo que pagar una deuda...

ESTEBAN.—¿Qué deuda?

*(Leonor se vuelve furiosa, en una transición)*

LEONOR.—¿Y a ti qué te importa?

ESTEBAN.—¡Oh!

LEONOR.—¡Dios mío! ¡Qué suerte tenéis los hombres! Nunca, nunca os enteráis de nada...

*(Y sale. Lola y Esteban se miran, callados)*

ESTEBAN.—¡Je!

LOLA.—¡Qué mujer! ¿Verdad? Es arrolladora...

*(Esteban piensa y sonrío)*

ESTEBAN.—¡La muchacha del sombrero rosa!

LOLA.—¿Qué es eso?

ESTEBAN.—*(Sonriendo)* ¡Oh! Un bonito recuerdo.

*(Muy lentamente marcha hacia el mirador. Desde allí, alza la mano como despidiendo a las que se van. Luego, también, muy despacio regresa y en el centro se encuentra con Lola)*

LOLA.—¡Pobre!

ESTEBAN.—*(Sorprendido)* ¿Quién? ¿Yo?

LOLA.—¡Claro! Ahora le dejan solo...

ESTEBAN.—Bueno. Por unos días, nada más...

LOLA.—¡Ah! Pues eso no puede ser...

ESTEBAN.—¿No?

LOLA.—*(Muy sonriente)* ¿Quiere usted almorzar hoy conmigo?

ESTEBAN.—*(Sorprendidísimo)* ¿Con usted?

LOLA.—¡Claro! ¿Por qué no? Abajo tengo el coche. Y conozco un restaurante pequeñito, que está en la carretera de El Escorial. Y a dos pasos, ¡pum!, el Monasterio.

ESTEBAN.—(*Estupefacto*) ¡Ah! ¿Sí?

LOLA.—Sí, sí...

ESTEBAN.—¡Je!

LOLA.—¿Le gusta a usted el Monasterio?

ESTEBAN.—¡Naturalmente!

LOLA.—Pues, entonces...

ESTEBAN.—¡Oiga! Pero ¿vamos a almorzar usted y yo solos?

LOLA.—¡Hombre! ¡Claro! Como debe ser...

(*Esteban está cada vez más sorprendido*)

ESTEBAN.—Bien, bien. Si usted quiere...

LOLA.—(*Radiante*) ¡Soberbio! Pues se lo voy a decir a mi marido ahora mismo para que rabie un ratito... (*Va al teléfono. Marca un número muy aprisa, ante la estupefacción de Esteban. Habla muy contenta*) ¡Jaime! ¡Chato! ¿Qué haces, cariño? ¿Trabajar? Pues, duro, hijo, sigue trabajando. Pero no me esperes a almorzar, ¿sabes? ¡Ay! ¿Y a que no adivinas con quién almuerzo? ¡A ver! Discurre, discurre, un poco. (*Escucha divertidísima*) ¡Quia! ¡No es por ahí! ¡Huy! ¡Frío, frío! ¡¡Tampoco!! ¡Jaime! ¡Entérate! ¡Me voy a almorzar con Esteban Lafuente! ¡Sííí! ¡El mismísimo Esteban Lafuente! ¡Ese! ¡Tu ídolo! ¿Qué te parece? ¡Oh! (*Se ríe. Y se vuelve hacia Esteban*) ¡Oiga! ¿Sabe lo que dice?

ESTEBAN.—¿Qué dice?

LOLA.—¡Dice que tengo suerte!

ESTEBAN.—¿Sí?

LOLA.—Sí, sí. (*Al teléfono otra vez*) Oye. Me lo llevo a aquel restaurante pequeñito de El Escorial. ¿Te acuerdas? ¡Sí! ¡Allí, allí! ¿Verdad que sí? ¿Verdad que es una buena idea? Pues, hala, chato, a trabajar. ¡Chao!

(*Cuelga y se vuelve contenta hacia Esteban*)

ESTEBAN.—¡Je!

LOLA.—Ya está.

ESTEBAN.—Ya, ya veo...

(*Están frente a frente. Se miran. Ella, risueña, triunfal, encantada*)

LOLA.—¿Te importa que nos tuteemos?

ESTEBAN.—¡Oh, no! Encantado.

LOLA.—Me alegro. Es que yo soy muy campechana, ¿sabes? Claro que en esta ocasión todo es distinto. Tú eres un gran hombre, chico, y una casi no se atreve...

ESTEBAN.—¡Calla! ¡Por favor!

LOLA.—¿No sabes? Me encantan los hombres de cierta edad. A mi marido se lo estoy diciendo siempre...

ESTEBAN.—¿De veras?

LOLA.—Sí, sí...

ESTEBAN.—Pero, entonces, ¿tú se lo cuentas todo a tu marido?

LOLA.—¡Hombre! Casi todo...

*(Se miran otra vez. Un silencio. Ella sonrío encantadoramente)*

LOLA.—¿Vamos?

ESTEBAN.—Vamos.

*(Todavía, un silencio. Ella, marcha. Y él, la sigue)*

TELÓN

## CUADRO SEGUNDO

El mismo decorado. Unos días después. A mediodía.

*(En escena no hay nadie cuando se levanta el telón. El mirador, como siempre, está abierto de par en par. Dentro se oyen la voz de Leonor y las risas alegres de Marita, Paloma y Belén)*

LEONOR.—*(Dentro)* ¡Damián! ¡Damián! ¿Dónde estás?

MARITA.—*(Dentro)* ¡Damián!

BELÉN.—*(Dentro)* ¡Damián!

PALOMA.—*(Dentro)* ¡Damián!

*(Ríen dentro todas, a un tiempo)*

TODAS.—*(Dentro)* ¡Oh!

*(Por el fondo surge Damián todo lo aprisa que puede, y muy contento)*

DAMIÁN.—¡Aquí! ¡Aquí estoy! ¡Ya! ¡Ya va!

*(Y en el acto entran en tromba, por la primera puerta de la izquierda, Marita, Paloma y Belén cargadas con multitud de paquetes y paquetitos de todos los tamaños, que se lanzan sobre el criado gozosamente y le rodean, le abrazan e incluso alguna -Belén- le besa en las mejillas. Muchos paquetitos ruedan por el suelo...)*

MARITA.—¡Damián! ¡Ya estamos de vuelta!

PALOMA.—¡Chico! ¡Damián!

BELÉN.—¡Damián!

DAMIÁN.—¡Señoritas!

BELÉN.—¡Huy! Pero qué majo y qué tieso estás...

LAS OTRAS.—*(Riendo)* ¡Oh!

DAMIÁN.—*(Encantado)* ¡Je! ¡Señoritas! ¡Qué señoritas!

LEONOR.—*(Dentro)* ¡Damián!

DAMIÁN.—¡Sí, señora! Ya voy...

*(Damián se va por la primera puerta de la izquierda. Marita, que entretanto ha marcado un número de teléfono, habla por el auricular)*

MARITA.—Por favor: ¿Hotel del Príncipe? ¿Quiere ponerme con la habitación de don Esteban Lafuente? Es la doscientos diez. ¡Gracias! *(Espera unos segundos. Y de pronto, con un grito de júbilo)* ¡¡Papá!! ¡Papaíto! Soy yo, Marita. ¡Sí! ¡Ya estamos de vuelta! Sí. ¡Aquí! ¡En casa de Leonor! ¡Ay, papá! Escucha, papá...

*(Paloma, impetuosamente, corre y le arranca el auricular de las manos a Marita)*

PALOMA.—¡Espera! ¡¡Papá!! ¡Cielo! ¡Tesoro! Soy yo, Paloma. ¡Sí! Paloma, Paloma. Acabamos de llegar de Barajas...

*(Belén va hacia Paloma. Le arranca el auricular y habla ella)*

BELÉN.—¡Quita! ¡¡Egoísta!! ¡Que lo quieres decir tú todo! *(Gritando)* ¡¡Papá!! ¡Papaíto! ¡Chico! ¡Qué viaje! ¡Huy! Lo que es París...

*(Ahora Paloma le quita el auricular a Belén)*

PALOMA.—¡Trae! Ya está bien...

BELÉN.—*(Indignadísima)* Pero, niña...

PALOMA.—¡Papá! Oye, papá...

*(Marita, a su vez, se impone y le toma el auricular a Paloma)*

MARITA.—¡Dame! ¡Déjame a mí!

BELÉN.—¡Huy! ¡Qué atropello!

MARITA.—*(Al teléfono)* ¡Papá! ¡Papaíto! ¡Oh, papá! Tú no sabes. Ha sido un viaje maravilloso. ¡Sí, papá! Te lo contaremos todo. Todo, todo. ¿Cómo? ¿De veras? *(Se calla y escucha)* Está bien, papá. Pues, claro que sí papá...

*(Cuelga. En este momento, por la primera puerta de la izquierda, entra Leonor. Trae también varios paquetes. La sigue Damián)*

LEONOR.—¡Damián! ¡Que lleven todas las maletas a mi alcoba!

DAMIÁN.—¡Sí señora! ¡Je! ¿La señora y las señoritas lo han pasado bien en París?

LEONOR.—¡Ay, Damián! Nunca me he divertido tanto. Nunca me ha parecido París tan bonito y tan alegre...

DAMIÁN.—¡Je!

LEONOR.—¿No sabes, Damián? Te traigo muchísimas cosas de París.

DAMIÁN.—¿De veras, señora?

LEONOR.—¡Ah! ¡Prepárate! ¡Grandes sorpresas!

DAMIÁN.—¡Hola! ¿Y qué me trae la señora?

LEONOR.—(*Triunfalmente*) ¡Medicinas!

DAMIÁN.—(*Atónito*) ¿Cómo? ¿Medicinas?

LEONOR.—¡Sí! ¡Medicinas! Muchas, muchísimas medicinas. Medicinas para todo: para la tensión, para el hígado, para la bronquitis, para el reuma. Píldoras, comprimidos, jarabes, gotas, inyecciones...

DAMIÁN.—(*Asustado*) ¡Señora! ¿Inyecciones también?

LEONOR.—¡También!

DAMIÁN.—¡Santo Dios!

LEONOR.—¡Ah! Ya verás, ya verás. Dentro de unos días, cuando te hayas tomado todas las medicinas que te traigo, estarás hecho un real mozo...

DAMIÁN.—¡Je! ¡Qué suerte tengo!

LEONOR.—¡Anda! ¿Quieres llevarte todo esto?

DAMIÁN.—Sí, señora.

LEONOR.—¡Cuidado! Cuidado con ese paquete que son tus medicinas...

DAMIÁN.—Sí, sí, señora...

(*Damián se va por el fondo, cargado de paquetes. Leonor ríe*)

LEONOR.—¡Pobre Damián! Es un niño. Se va encantado con sus medicinas... (*Y de pronto, se hace un leve silencio. Leonor se vuelve hacia las chicas que la están mirando y sonríe*) Bueno. Ya estamos aquí.

BELÉN.—Parece que todo ha sido un sueño, ¿verdad?

PALOMA.—¡Sí! Un sueño.

MARITA.—¡Un sueño bonito que ha durado una semana!

BELÉN.—(*Nostálgica*) «Bon soir, mademoiselle. ¿Coment ça va? ¡Oh, mon Dieu! ¿Vous-savez? La petite mademoiselle c'est très jolie. Au revoir, mademoiselle...» (*Satisfechísima*) Bárbaro, ¿eh?

(*Otro silencio*)

PALOMA.—(*Sentimental*) ¿Qué fue lo mejor de todo? ¿El almuerzo en Fontainebleau? ¿La fiesta en casa de Madame Dupont-Tournié? ¿Una tarde en Versalles

paseando por la hierba a la orilla del estanque? ¿Aquel café de Montmartre?  
¿O la Place Vêndome bajo la lluvia?<sup>20</sup>

BELÉN.—¡Qué romántica eres!

PALOMA.—¡Ay! ¡Sí! Un poquito.

*(De pronto, Marita, mirando a Leonor, da un paso hacia ella, impetuosamente)*

MARITA.—¡Leonor!

LEONOR.—¿Qué, María?

MARITA.—¡Leonor! Quiero que sepas que nunca, nunca olvidaré este viaje a París. Y cuando pasen los años y yo sea una pobre viejecita, estoy segura, segurísima, de que estos días que hemos pasado contigo serán uno de los más bellos recuerdos de mi vida. Porque París, entonces, serás tú, Leonor, tú nada más, ¿comprendes? Leonor cruzando un paso de peatones del bulevar de los Italianos seguida de tres pobres chicas atolondradas. Leonor con su velito negro, rezando en la misa de Nôtre Dame. Leonor discutiendo con la muchacha de una tienda de Saint-Honoré. Leonor en las Galerías y en la rue de la Paix.<sup>21</sup> Leonor riendo mucho en el teatro y llorando un poquito en el cine. Leonor en el restaurante. Leonor en el bar del hotel diciendo: ¡Belén! ¡No seas coqueta! Deja en paz a ese chico pelirrojo...

BELÉN.—*(Sorprendidísima)* ¿Eso dijo?

PALOMA.—¡A ver!

BELÉN.—¡Anda! Pues no me enteré...

PALOMA.—*(Indignada)* ¡Claro! Porque tú cuando te embalas, vas a lo tuyo nada más. ¡Y hala, hala! ¡Aprisa!

BELÉN.—Mujer...

PALOMA.—¡Huy! ¡Qué chica!

LEONOR.—¡Oh!

*(Ríen todas. Marita, casi con ímpetu)*

MARITA.—¡Leonor!

LEONOR.—¿Qué?

MARITA.—¿Por qué se quiere?

20 Ruiz Iriarte retrata su experiencia de París, ciudad a la que viajó con frecuencia y que amaba.

21 *Galeries Lafayette* donde trabajaba la Ninette de la popular comedia de Miguel Mihura, *Ninette y un señor de Murcia* (1964).



LEONOR.—¿Cómo? ¿Que por qué se quiere?

MARITA.—Sí, sí. ¿Por qué se quiere a pesar de todo? ¿Por qué se quiere si, a veces, parece imposible que se pueda querer?

LEONOR.—(*Conmovida*) ¡Dios mío! ¡Qué preguntas tan difíciles y tan bonitas hacéis los jóvenes! ¿Que por qué se quiere? ¡Quién lo sabe! Se quiere, porque se tiene necesidad de querer. Se quiere para provocar el cariño de los demás. Para que nos quieran. Se quiere para escapar de la soledad. Se quiere, porque si no se quiere, se muere, ¿sabes? Por eso, por todo eso, se quiere. Y si a veces, la razón te dice: ¡Cuidado! No quieras, no puedes querer, no debes querer, tú, entonces, tápate los oídos y no oigas nada. El buen amor nunca entiende de razones<sup>22</sup>...

(*Marita corre hacia Leonor y la abraza*)

PALOMA.—¡Oh, Leonor, Leonor!

LEONOR.—¡Marita! ¡Nena! Pero ¿es que vas a llorar ahora?

MARITA.—¡Oh!

LEONOR.—(*Muy conmovida*) ¡Jesús! ¡Qué tontería! Pero, niña...

(*Y Belén salta, arrolladora*)

BELÉN.—¡Un momento! Acabo de tomar una determinación...

PALOMA.—¡Ah! ¿Sí?

BELÉN.—¡Sí!

PALOMA.—¿Y qué determinación es esa, si se puede saber?

BELÉN.—Pues ¿qué quieres? ¡Ya no me voy a Rusia!

PALOMA.—¡Ah! ¿No?

BELÉN.—¡No! ¡Qué va! No merece la pena. Después de todo, el comunismo, como doctrina política, está muy superado. ¿No te parece? ¡Ah! Y además renuncio al ballet clásico. Voy a estudiar baile flamenco. Es más intelectual, ¿no?

TODAS.—¡Oh!

(*Ríen las cuatro. Por la primera puerta de la izquierda surge Esteban, sonriente*)

ESTEBAN.—Buenos días, ¿se puede?

22 Tampoco de circunstancias, a tenor de lo visto en esta y otras comedias de Ruiz Iriarte.

*(Todas se vuelven vivamente hacia el recién llegado)*

LAS MUCHACHAS.—¡Papá!

LEONOR.—¡Esteban!

*(Las tres chicas corren hacia su padre. Le rodean, le abrazan, le besan...)*

MARITA.—¡Papá!

PALOMA.—¡Papá!

BELÉN.—¡Papaíto! ¡Mi vida! ¡Un beso fuerte, fuerte! ¡Huy!

ESTEBAN.—*(Un poco conmovido)* ¡Je! ¡Pequeñas! ¿Habéis tenido un buen viaje?

MARITA.—¡Oh, papá!

BELÉN.—Te traemos muchísimas cosas, ¿sabes? Un libro de Giraudoux.<sup>23</sup> Tres corbatas. Y un frasco de colonia.

ESTEBAN.—*(Divertido)* ¡Bravo! Todo eso me gusta. *(Se vuelve hacia Leonor)* ¿Cómo estás, Leonor?

LEONOR.—¿Vienes por tus hijas? ¿Ya? ¿Tan pronto? ¡Jesús! ¡Qué prisas! Pero no se hable más. Estás en tu derecho. ¡Niñas! Papá os reclama. ¡Vamos! No le hagáis esperar. Recoged vuestros regalos y vuestras cosas...

*(Un silencio)*

MARITA.—Sí, Leonor. Ya vamos.

*(Las tres chicas, en silencio, se van por el fondo. Quedan solos Leonor y Esteban. Un silencio. Leonor marcha despacio hasta el mirador. Desde allí sin volverse)*

LEONOR.—¿Cómo has pasado tú estos días?

ESTEBAN.—Muy bien. Incluso he hecho un poco de turismo, figúrate. Ha estado en El Escorial, en Toledo y en Aranjuez...

LEONOR.—¡Qué divertido!

ESTEBAN.—Todavía estoy un poco deslumbrado, ¿sabes? La luz de esta tierra nuestra es fuerte, radiante, terrible, abrumadora. Y al volver, uno se queda, de pronto, un poquito ciego. Pero es una sensación maravillosa. ¡Ah! He

<sup>23</sup> Jean Giradoux (1882-1944), novelista y dramaturgo francés, un autor muy de los años 30, la época de juventud de Esteban -y de Ruiz Iriarte.

encontrado muchos amigos de los viejos tiempos. Y muchos jóvenes. Estos jóvenes que ríen un poco de nosotros porque nosotros habíamos dividido el mundo en izquierdas y derechas, y que creen en algo, que no sé lo que es, pero que seguramente es algo más profundo, más generoso, más bonito y más humano<sup>24</sup>...

*(Se calla. Leonor se vuelve risueña, como recordando algo divertido)*

LEONOR.—¡Esteban!

ESTEBAN.—¿Qué?

LEONOR.—¿No sabes? En París, tus hijas han tenido un éxito fantástico...

ESTEBAN.—*(Sonriendo)* ¡No me digas!

LEONOR.—¡Oh! ¡Si yo te contara!

ESTEBAN.—¡Qué chicas!

LEONOR.—Figúrate que los Dupont-Tournié, un matrimonio simpatiquísimo, amigos míos, que vivieron en Madrid hace unos años, cuando él era Agregado de la Embajada de Francia, organizaron una estupenda fiesta en nuestro honor...

ESTEBAN.—¡Hola!

LEONOR.—¡Oh! Una fiesta por todo lo alto, ¿eh? Vino gente muy importante. De lo mejor de París. Los Dupont-Tourné saben hacer muy bien las cosas. Bueno, pues Marita, Paloma y Belén fueron la sensación...

ESTEBAN.—*(Ríe)* ¡No!

LEONOR.—¡Digo! Tenían los muchachos así...

ESTEBAN.—¿De veras?

LEONOR.—Y entre la gente mayor, no digamos. Todos encantados de conocer a las hijas de Esteban Lafuente. ¡Ay, hijito! Como que yo diría que después de este viaje, gracias a tus hijas, tu prestigio internacional ha subido muchísimo...

ESTEBAN.—¡Qué barbaridad!

LEONOR.—¡Sí, sí...! *(Ríen los dos. Después, Leonor habla ensimismada, sonriendo, casi como para sí misma)* Son encantadoras, ¿sabes? Se hacen querer. No sé por qué. En realidad, quizá, solamente porque son jóvenes. María es una mujercita maravillosa. Tan bonita, tan clara, tan franca, tan noble. Por eso, sin duda, le pide demasiado a la vida. ¡Ojalá que la vida le dé todo lo que ella, sin

<sup>24</sup> El elogio a la juventud antes realizado por Leonor ahora se completa con el de Esteban. Mientras ella hablaba de la belleza de las jóvenes, él se centra en aspectos que, por su vinculación con la política, se consideran más propios de las preocupaciones de un varón.

saberlo, le está pidiendo! Paloma sueña y sueña. Es una terrible sentimental. Se le saltan las lágrimas por nada. Porque ha leído un verso bonito, porque descubre una pareja de enamorados besándose entre los árboles del Bosque de Bolonia, porque llueve una tarde en la Place Vêndome. ¡Y Belén es tan alegre! (*Una transición*) ¡Ah, bueno! Belén es una coqueta redomada...

ESTEBAN.—(*Alarmado*) ¿Tú crees?

LEONOR.—¡Huy! No hay quien la pare...

ESTEBAN.—¡Demonio!

(*Ríen los dos, otra vez. De pronto, Leonor, muy resuelta*)

LEONOR.—¡Ah! Por cierto: tengo noticias para ti. Has de saber que ni Marita se va a estudiar a Alemania, ni Paloma se va a estudiar a Suiza. ¡Ah! Y del famoso viaje de Belén a Rusia, ni hablar. Eso se acabó.

ESTEBAN.—¿De veras?

LEONOR.—(*Con muchísima razón*) ¡Naturalmente! ¡Hijito! Todo eso no eran más que manías de tres pobres niñas que vienen de América y que han crecido a la sombra de un intelectual pedante y esnob como su padre...

ESTEBAN.—(*Picadísimo*) ¡Caramba! ¡Leonor!

LEONOR.—(*Segurísima*) Quita, quita. Tonterías. Las chicas estudiarán en Madrid, como Dios manda...

ESTEBAN.—(*Estupefacto*) ¡Ah! ¿Sí?

LEONOR.—¡Claro! Pues resultaría gracioso que Marita se convirtiera en un médico alemán, Paloma en un arquitecto suizo y Belén en una bailarina soviética. ¡Qué horror! ¡Ca! ¡No lo permitiré! Ni médico, ni arquitecto, ni bailarina...

ESTEBAN.—¡Hola! Entonces, ¿qué van a estudiar?

LEONOR.—(*Rotunda*) ¡Filosofía y Letras!

ESTEBAN.—(*Asombradísimo*) ¿Las tres?

LEONOR.—¡Las tres!

ESTEBAN.—¡Demonio! Pero, ¿por qué?

LEONOR.—Porque es una bonita carrera, muy femenina. Y porque todo el mundo dice que no sirve para nada<sup>25</sup>...

ESTEBAN.—(*Desconcertadísimo*) Pero, Leonor...

LEONOR.—¡Ah! Y te advierto que en este punto mi decisión es irrevocable...

ESTEBAN.—Bien, bien...

25 Más allá del toque humorístico de la réplica, también es evidente que la opción de Leonor es más acorde con un futuro de las jóvenes propio de la mentalidad conservadora que representa la protagonista.

LEONOR.—Vamos, hombre. Pero, si después de todo, las chicas se van a casar enseguida...

LEONOR.—(*Estupefacto*) ¿Cómo? ¿Que se van a casar?

LEONOR.—(*Muy suya*) ¡Naturalmente! De eso me encargo yo...

ESTEBAN.—¡¡Leonor!!

LEONOR.—¡Ah! Y ya puedes estar contento. Te aseguro que harán tres bodas espléndidas...

ESTEBAN.—¡Leonor! (*Se la queda mirando. Y se echa a reír*) Pero, Leonor...

LEONOR.—(*Sonrojada*) ¿Te burlas?

ESTEBAN.—¡Oh, no! Eso, no...

LEONOR.—En realidad parece como si María, Paloma y Belén fueran hijas mías, ¿verdad? Es ridículo, ya lo sé. Porque son tuyas, tuyas, nada más. Pero ¿qué quieres? No lo puedo remediar. Esas chicas, Dios mío, esas chicas... (*Ella se aparta. Va hasta el sofá. Se sienta. Él queda un poco lejos. Un silencio. Y de pronto, con rubor, con una insólita vergüenza*) ¡Esteban!

ESTEBAN.—(*Muy bajo*) ¿Qué?

LEONOR.—¿Por qué no me confías tus hijas?

(*Él se vuelve sorprendido*)

ESTEBAN.—¿Qué dices?

LEONOR.—Sí, sí. ¿Por qué te las llevas? ¿Por qué no las dejas aquí conmigo? ¡Esta casa es tan grande y está tan vacía!

ESTEBAN.—¿Aquí? ¿En esta casa? ¿Contigo?

LEONOR.—¡Sí!

ESTEBAN.—¿Para siempre?

LEONOR.—¿Por qué no?

ESTEBAN.—Pero, Leonor...

(*Leonor, se vuelve como para reintegrarse a sí misma*)

LEONOR.—Anoche, en París, sola en mi cuarto del hotel, mientras María, Paloma y Belén reían con toda su alma en la habitación de al lado, tuve, de pronto, esta idea. Y fue para mí como un sueño. Me vi en esta casa, hecha a la soledad y al silencio, rodeada por esas tres chiquillas tan jóvenes y tan alegres. Imaginé cómo sería nuestra vida en común. Y tú no sabes, Esteban, tú no sabes. ¡Ay! Yo las llevaría conmigo a todas partes. A los teatros, a los cines, a las tiendas. De noche nos quedaríamos en casa viendo la televisión. De vez en cuando pasaríamos el fin de semana en la finca de León. ¿Te acuerdas de la finca de

León? Los veranos, en San Sebastián, en el hotelito de Igueldo, a dos pasos de la playa de Ondarreta. Naturalmente, los chicos acudirían como moscas. Pero, figúrate, ya estaría yo al cuidado. ¡Ah! Y mañana, cuando Dios quiera, todo lo mío para ellas, ¿sabes? Lo tengo muy decidido. Esta casa, la finca de León, que es enorme, con aquel monte y aquellos árboles, tan viejos. Y el hotelito de Igueldo. Y el dinero que heredé de papá...

ESTEBAN.—(*Casi asustado*) ¡No, Leonor! Eso, no. ¡No puede ser! ¡No quiero!

LEONOR.—(*Airada*) ¡No te estoy pidiendo consejo!

ESTEBAN.—¡Oh!

LEONOR.—Te estoy anunciando una decisión...

ESTEBAN.—Es increíble...

(*Un silencio. Otra transición. Muy emocionada*)

LEONOR.—¡Esteban! ¡Piensa un poco! ¡Pobrecito! ¿Qué puedes hacer tú por ellas? ¡Nada! Pero, nada, nada. ¿Verdad? Eres un hombre, un hombre como todos los hombres, entregado a tu propio mundo, encerrado en tu torre de marfil, incapaz del cuidado, del mimo y de la vigilancia que necesitan las chiquillas que ahora están empezando a vivir. ¡Para mí todo eso sería tan fácil! ¡Dios mío! Tan fácil, tan fácil. Además, las chicas me quieren, ¿sabes? No sé por qué. Quizá porque el cariño es, a veces, un puro milagro. Un bonito y misterioso milagro. Quizá porque se sienten desamparadas y necesitan alguien que las quiera...

ESTEBAN.—(*Conmovido*) Pero, Leonor, ¿por qué me pides esto? ¿Por qué?

LEONOR.—¿Por qué? ¡Quién sabe! Por ellas, por ti, por mí misma. Pero, además, y sobre todo, por aquella mujer que, aquella noche, en aquel barco, entre tanta desesperación y tanta angustia, fue para ti la esperanza y te hizo volver a vivir...

ESTEBAN.—(*Muy bajo*) Por Belén...

LEONOR.—Por Belén... (*Un silencio*) Todavía puedo hacer algo por ella, ¿Comprendes? (*Otro silencio. Ahora con una súplica profunda y casi desesperada*) ¡Esteban!!

ESTEBAN.—¿Qué?

LEONOR.—¡Déjame tus hijas! ¡Te lo suplico!

(*Por el fondo surgen Marita, Paloma y Belén. Vienen con sus paquetes y sus pequeñas maletas dispuestas a marchar. Se quedan allí quietas y calladas un segundo*)

MARITA.—Bueno. Ya estamos listas, papá.

*(Un silencio. Leonor se vuelve hacia Esteban, anhelante)*

ESTEBAN.—¡Je! Un momento, hijas mías. Estoy pensando que, en realidad, por ahora, la vida que yo puedo ofreceros no es demasiado sugestiva. ¡Figuraos! Una habitación de un hotel, un restaurante para el almuerzo y otro para la cena. Todo el día dando, dando vueltas por esas calles como vagabundos sin hogar. ¡Y tengo tanto que trabajar además! Daría cualquier cosa por irme al campo unos días. ¡Je! ¡Marita! ¡Paloma! ¡Belén! ¡Pequeñas! ¿Por qué no os quedáis una temporada aquí, con Leonor, en su casa?

*(Las tres chicas abren los ojos impresionadísimas)*

LAS TRES.—¿Cómo?

MARITA.—¿Aquí?

PALOMA.—¿Con Leonor?

BELÉN.—¿En esta casa?

ESTEBAN.—Sí, sí. Eso mismo. ¡Ea! ¿Qué os parece?

*(Las tres chicas gritan al tiempo, contentísimas)*

LAS TRES.—¡Ayyy!

ESTEBAN.—¡Je!

MARITA.—¡Papá!

PALOMA.—¡Papá!

BELÉN.—¡Papaíto! Pero ¿es posible? ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

MARITA.—¡Ay, Leonor!

PALOMA.—¡Leonor!

BELÉN.—¡Leonor!! ¡Chica! ¡Esto es fantástico...!

*(Las tres muchachas sueltan aprisa sus paquetes, corren y rodean a Leonor)*

LEONOR.—*(Contentísima)* ¡Hijitas! ¿Verdad que papá ha tenido una buena idea?

LAS TRES.—¡Sí!

MARITA.—¡Ay, sí! ¡Qué idea!

PALOMA.—¡Estupenda!

*(Belén corre hacia su padre y le besa)*

BELÉN.—¡Papaíto! ¡Cielo! Eres un sol. ¡Te adoro!

ESTEBAN.—*(Sonriendo)* ¡Je! ¿Estáis contentas?

BELÉN.—Muchísimo, papá...

LEONOR.—¡Dios mío! ¡Chiquillas! ¡Qué bien lo vamos a pasar! Desde luego papá vendrá a vernos todos los días, ¿no es verdad, Esteban?

ESTEBAN.—¡Claro!

LEONOR.—¡Vamos! Llevaos todo eso otra vez. Hay que instalar tres camas en mi cuarto de soltera que es muy grande y tiene mirador a la plaza de París. Hay que advertir a Damián para que desde hoy ponga la mesa grande del comedor. ¡Esteban! ¿Hoy te quedas a almorzar con nosotras?

ESTEBAN.—Encantado.

LAS TRES.—*(Palmoteando)* ¡Bravo!

LEONOR.—¡Ah! ¡Niñas! Entonces hay que preparar un gran almuerzo para papá...

MARITA.—¡Vamos! ¡Vamos!

PALOMA.—¡Vamos!

BELÉN.—¡Vamos!

*(Las tres chicas, llevándose sus paquetes y sus maletitas se van tumultuosamente por el fondo. Quedan solos Leonor y Esteban. Se miran en silencio. Él sonríe)*

LEONOR.—¡Jesús! ¡Qué tonta soy! ¿Sabes que estoy a punto de echarme a llorar?

ESTEBAN.—¿Sí?

*(Otro silencio)*

LEONOR.—¿Por qué me miras?

ESTEBAN.—Por nada...

LEONOR.—¿Quieres un poco de whisky antes de almorzar?

ESTEBAN.—Bueno.

LEONOR.—Como entonces, ¿no? Con un trozo de hielo nada más...

ESTEBAN.—Sí.

LEONOR.—¡Un momento!

*(Y se va aprisa por el fondo. Esteban, solo, se deja caer en un sillón y, muy despacio, se enciende un cigarrillo. Por el fondo, despacito, surge Damián)*



DAMIÁN.—¡Je! Buenos días, señor.

ESTEBAN.—Buenos días, Damián.

DAMIÁN.—¡Je! Estoy muy, muy contento...

ESTEBAN.—Yo también, Damián.

*(Damián, muy despacio, llega hasta el mirador y mira al exterior)*

DAMIÁN.—Hace un hermoso día.

ESTEBAN.—Muy hermoso.

DAMIÁN.—Es bonito el otoño en la plaza de París, ¿verdad, señor?

ESTEBAN.—Sí, Damián. Muy bonito.

DAMIÁN.—¡Je!

*(Vuelve Damián y lentamente marcha hacia la primera puerta de la izquierda. Pero antes, por allí surge Lola Beltrán arrolladora. Esteban se pone vivamente en pie. Damián sonrío)*

LOLA.—Buenos días.

DAMIÁN.—Buenos días, señora.

*(Llega a la puerta. Se vuelve. Mira, sonrío y se va. Lola da unos pasos, airada, hacia Esteban)*

ESTEBAN.—¡Lola!

*(Y de pronto ella, rabiosa, rabiosísima)*

LOLA.—¡Cobarde!

ESTEBAN.—*(En vilo)* ¡Lola!

LOLA.—Cobarde, cobarde...

ESTEBAN.—¡Lola! ¡Por favor! Aquí, en esta casa, no...

LOLA.—*(Ella se revuelve cada vez más airada)* ¡Estúpido! Tonto más que tonto. Te busco a todas horas y no te encuentro nunca. Te llamo al hotel y no estás. Te escondes. Huyes de mí. Pero ¿por qué? ¡Vamos a ver! ¿Por qué? ¿Es que te doy miedo? ¿Es eso? ¡Dilo!

ESTEBAN.—*(Dominándose)* ¡Hum!

LOLA.—¡Oh! Pero sí debí figurármelo aquella primera mañana cuando fuimos a almorzar al Escorial, y en vez de portarte como un hombre, ¡como un

hombre, señor, como un hombre!, te pusiste a hablar de la pintura del Greco con los frailes del Monasterio...

ESTEBAN.—¡Lola! ¡Lola!

LOLA.—¡Y qué manera de hablar él y los frailes! ¡¡Qué tíos!! ¡Qué charlatanes! No acababan nunca.

ESTEBAN.—¡Lola!

LOLA.—Y al día siguiente, en Toledo, duro con el Greco, otra vez. ¡Hala! ¡Ay, el Greco! ¡Su padre...!

ESTEBAN.—Lola, ¡no seas descarada!

LOLA.—¡Vamos! Pero ¿será posible que te guste el Greco más que yo? Pues hijo, a cualquiera que se lo digas se va a morir de risa...

ESTEBAN.—¿Te quieres callar?

LOLA.—(*Furiosa*) ¡No me da la gana!

ESTEBAN.—¡Lola! De un momento a otro voy a empezar a darte azotes...

LOLA.—(*Flamenca*) ¿A que no?

ESTEBAN.—¡Cállate ya! ¿Quieres?

LOLA.—¡Oh!

*(Ella se escapa, rabiosísima, y llega hasta el mirador. Un silencio. Esteban habla ahora con otro tono)*

ESTEBAN.—Escucha, pequeña loca...

LOLA.—(*Un respingo*) ¿Quién? ¿Yo? ¿Loca yo?

ESTEBAN.—Sí, tú, tú...

LOLA.—(*Picadísima*) ¡Esteban! ¡Mira que grito...!

ESTEBAN.—¡Cállate!

LOLA.—¡Oh!

ESTEBAN.—Ven aquí. Y dime. ¿Qué es lo que pretendes?

LOLA.—(*Sincerísima*) ¡Anda! Pero ¿todavía no te has enterado? Pues sí...

ESTEBAN.—¿Qué buscas? ¿Un flirteo? ¿Una aventura? ¿Un juego? ¿Un poco de peligro para hacer más excitantes tus horas de ocio y de aburrimiento entre un té y un cóctel, entre un almuerzo y una comida? ¿Pero no te das cuenta, tonta, frívola, presumida, coqueta, chiquilla mal criada, no te das cuenta de que esta vez has elegido mal? Yo no sirvo para ese juego. Para mí el amor no es una broma. ¿Qué quieres? Yo soy un español más. Uno de tantos españoles para quienes el amor es algo profundo, dramático, irremediable. Algo sagrado. Y me gusta ser así, ¿comprendes?

LOLA.—¡Ah! ¿Sí?

ESTEBAN.—¡Sí!

LOLA.—¡Vaya! Para que se fíe una de los que han viajado...

ESTEBAN.—Lola...

LOLA.—¡Jesús! Pero, qué difícil resulta todo en este país...

ESTEBAN.—¡Lola! Vuelve en ti. Sé buena chica, ¿quieres? Déjate de fantasías. No trates de inventarte otra vida. Acepta la tuya. Tómala como es. Siempre es más bella y más limpia la vida que se nos da, por pequeña y vulgar que parezca, que esa otra vida que nos inventamos. No juegues. Lola. Quédate quieta al lado de ese marido tuyo que seguramente te quiere y es un buen muchacho...

LOLA.—¡Huy! ¡Mi marido! Si yo te contara...

ESTEBAN.—¡No! ¡A mí no me cuentes tú nada! ¡Ea!

*(Lola se vuelve hacia él con otra voz, casi suplicante)*

LOLA.—¡Esteban!

ESTEBAN.—¿Qué quieres?

LOLA.—¿Pero no comprendes que lo nuestro es ya fatal, fatal...?

ESTEBAN.—*(Estupefacto)* ¿Qué dices? Pero si todavía no ha empezado...

LOLA.—¡Anda! ¿Y eso qué importa? Todo Madrid sabe que, en estos días, mientras Leonor y tus hijas estaban en París, tú y yo hemos almorzado juntos en El Escorial, en Toledo y en Aranjuez. ¡Y a ver quién se cree que hemos pasado el rato hablando del Greco!

ESTEBAN.—¿Por qué no?

LOLA.—¡Toma! ¡Porque la gente me conoce!

ESTEBAN.—¡Hum! Lola, Lola. Me harás perder la paciencia...

LOLA.—Esteban...

ESTEBAN.—¿Qué?

LOLA.—¿Y si ahora yo te dijera que no se trata de una broma ni de un juego, sino de algo muy, muy profundo y muy verdadero?

ESTEBAN.—¡Lola! No seas embustera...

LOLA.—¡Oh, Esteban, Esteban! ¡Amor mío!

*(Lola corre impetuosamente y se refugia en el pecho de Esteban, acongojadísima. Le rodea el cuello con los brazos)*

ESTEBAN.—*(Soliviantado)* ¡Lola!

LOLA.—¡Esteban! ¡Vámonos juntos! ¡Muy lejos de aquí! ¡Vámonos! ¡Llévame contigo!!

ESTEBAN.—*(Furioso)* ¡Lola! ¡Por todos los santos!!

*(Y en este preciso instante, por donde se fue surge Leonor con un vaso de whisky en la mano. Se queda allí, aterrada, ante lo que ve, con los ojos abiertos de par en par...)*

LEONOR.—¡¡Jesús!!

*(Lola se desprende bruscamente de Esteban y huye asustadísima)*

LOLA.—¡Ayyy!

ESTEBAN.—¡Hum!

LEONOR.—Pero ¿qué es esto? ¿Qué es lo que he visto? *(Y absolutamente resuelta a todo avanza hacia Lola, mirándola de un modo fulminador)* Oye, tú: ¡¡pendón!!

LOLA.—¡Leonor!

LEONOR.—¡Golfa! ¡Perdida! ¡Descarada!

LOLA.—¡Huy! ¡Qué lenguaje!

LEONOR.—Pero ¿aquí también? ¿En mi propia casa? ¿Con mi marido? ¡¡Lola!! Pero tú no tienes vergüenza...

LOLA.—¡Leonor! ¡Por favor! Un poco de mundo, hija, que estamos en Europa<sup>26</sup>...

*(Y se va con toda desenvoltura por la primera puerta de la izquierda. Leonor se queda atónita, boquiabierta, casi tiene un estremecimiento)*

LEONOR.—¿Cómo? ¿Qué ha dicho?

ESTEBAN.—Cálmate, Leonor. Te lo ruego.

LEONOR.—*(Furiosa)* ¡Cállate tú!

ESTEBAN.—¡Hum!

*(Leonor se vuelve hacia él irridadísima)*

LEONOR.—¡Granuja! ¡Mujeriego! ¡Inmoral!

ESTEBAN.—*(Desesperado)* ¡Leonor! ¡Que soy inocente!

LEONOR.—¿Tú? ¿Inocente tú?

ESTEBAN.—¡Sí! ¡Yo! Inocente, inocente. ¡Ea!

LEONOR.—¿De verdad?

---

<sup>26</sup> La réplica es propia de la frivolidad de Lola, uno de los rasgos más duramente criticados por Ruiz Iriarte durante su última etapa teatral.

ESTEBAN.—¡De verdad!

LEONOR.—¿Me lo juras?

ESTEBAN.—Pero, Leonor, ¿tú crees que es necesario?

LEONOR.—¡Dios mío! Pero, entonces, ha sido ella. ¡Ella! ¡La muy...!

ESTEBAN.—(*Alarmado*) Por favor, Leonor...

LEONOR.—¡Oh! Fresca, fresca, fresca... (*Marcha hacia el fondo trastornadísima. Una vez allí se vuelve y se queda mirando a Esteban poseída por un profundo estupor*) ¡Dios mío! Pero, entonces, esto quiere decir que tú todavía gustas a las mujeres...

ESTEBAN.—¡Oh! Bueno, bueno...

LEONOR.—(*Extrañadísima*) ¡Tú!

ESTEBAN.—¡Je!

LEONOR.—¡Tú! Tan viejo, tan acabado, tan decrepito...

ESTEBAN.—(*Indignado*) ¡Y dale!

LEONOR.—¡A estas alturas! Con una bronquitis crónica, el hígado hecho cisco y la tensión por el suelo...

ESTEBAN.—(*Indignadísimo*) ¿Quién te ha contado eso?

LEONOR.—¡Tus hijas!

ESTEBAN.—¡Oh!

LEONOR.—Pero, Esteban, ¿qué ven en ti las mujeres? ¿Qué las das?

ESTEBAN.—¡Leonor!!

LEONOR.—¿En qué consiste tu fascinación? ¿Dónde está tu encanto? Porque yo te miro y te miro y no te encuentro nada de particular...

ESTEBAN.—¡Oh! ¡Basta ya! Se acabó. No puedo más. ¡Me siento en un ridículo espantoso!

(*Y marcha decidido hasta la segunda puerta de la izquierda. Leonor da un paso alarmada y grita*)

LEONOR.—¡Estate quieto! ¡No te muevas!

ESTEBAN.—(*Deteniéndose*) ¡Hum!

LEONOR.—¿A dónde vas?

ESTEBAN.—No lo sé. ¡A la calle! ¡A cualquier parte!

LEONOR.—¡Claro! ¡A encontrarte con otra!

ESTEBAN.—¿Qué estás diciendo?

LEONOR.—¡Hala! Y luego con otra y después con otra...

(*Esteban, aterrado, se lleva las manos a la cabeza*)

ESTEBAN.—¡Qué barbaridad! Pero, qué barbaridad...

LEONOR.—¡Ah! ¡Y quién sabe con cuántas más! Porque, claro, el señor es un escritor ilustre que aparece retratado en los periódicos y que con su aureola y su prestigio vuelve locas a todas las zorras tontas, cursis y descaradas que andan por Madrid. ¡Ah! Pero, eso sí, él es inocente. ¡Pues no faltaría más! ¿Quién piensa en otra cosa? El pobrecito es inocente, inocente del todo. Él no se mete en nada. Él no hace nada. Él se está quietecito, espera y de pronto, ¡pum! Otra más...

ESTEBAN.—¡Leonor!!

LEONOR.—¡Depravado!

ESTEBAN.—¡Vaya! Esto se acabó. ¡Buenos días!

*(Marcha de nuevo hacia la puerta. Pero Leonor se yergue en una transición impetuosa, con una profunda congoja, como si pidiera socorro)*

LEONOR.—¡Esteban!! ¡Por lo que más quieras! ¡Por tus hijas! ¡No te vayas! Quédate aquí, con nosotras...

*(Esteban se detiene, inmóvil, atónito)*

ESTEBAN.—¡Leonor! ¿Dices que me quede?

LEONOR.—*(Casi sin voz)* Sí.

ESTEBAN.—¿Aquí?

*(A Leonor le invade un fantástico rubor)*

LEONOR.—¡Sí! Aquí. En mi casa. En tu casa. Llama al hotel. Di que manden tu equipaje, tus libros, tus cachivaches. Y quédate. En la habitación de los huéspedes, al final del pasillo, naturalmente. No vayas a pensar otra cosa. Pero, quédate, quédate, por Dios...

ESTEBAN.—*(Atónito)* Pero, Leonor, ¿por qué?

LEONOR.—¡Porque me asusta la idea de perderte otra vez! ¡Porque no lo podría soportar! ¡Porque me moriría!

*(Un sollozo le brota de la garganta. Se deja caer en un sillón, junto a la mesa camilla. Él se ha quedado inmóvil. Un silencio)*

ESTEBAN.—Leonor...

LEONOR.—*(Muy bajo)* ¿Qué?

*(Otro silencio. Él está muy emocionado)*

ESTEBAN.—Pero ¿tú crees que esto es posible?

LEONOR.—¿Te asusta? Entonces, reza un poco...

ESTEBAN.—Tú y mis hijas y yo en esta casa, en tu casa, en la casa de la plaza de París...

LEONOR.—¿Y por qué no? ¡Si es lo que de verdad deseo con toda mi alma! Además, ya no temo nada, ya no me importa nada. Soy más fuerte que nunca. Yo ya he descubierto que la mejor moral, la más limpia, la más hermosa, es la que brota del mismo corazón...

ESTEBAN.—¡Leonora! ¡Mi Leonora!

LEONOR.—¡Ah! Es muy posible que cuando esto se sepa por ahí todo el mundo nos critique. A mí me pondrán verde mis amigas y de ti dirán pestes los tuyos. ¿Pero a nosotros qué puede importarnos? Nosotros todo lo hacemos por amor. Por ese amor que es perdón y es olvido y es esperanza...

*(Se calla. Dentro, Marita, Paloma y Belén empiezan a cantar suavemente, acompañadas a la guitarra, su canción favorita)*

LAS MUCHACHAS.—*(Dentro)* Yo nací en este ribera del Arauca vibrador...

*(Leonora y Esteban vuelven el rostro hacia el fondo y escuchan, callados, mientras las tres chicas cantan. Luego se miran entre sí)*

LEONOR.—¡Dios mío! ¡Y qué bonita esperanza!

*(Las tres chicas, dentro, vuelven a cantar)*

LAS MUCHACHAS.—*(Dentro)* Me arrulló la viva diana de la brisa en el palmar...

*(Siguen cantando. Y mientras va cayendo el*

TELÓN)



COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**